

Boletín Semestral sobre las relaciones entre Cubanos y Europeos

volumen 9 | número 1 | junio 2014

| Cada vez más unidos |

diálogos **cuba-europa**

rewriting cuba
CUBALOG.EU

Índice

- 04 EDITORIAL
Agnes Koleman
- 07 CRECE LA SOLIDARIDAD DEL PUEBLO CUBANO CON LA OPOSICIÓN
Roberto Guerra | Hablemos Press
- 10 MIEDO, MENTIRAS, Y CINTAS DE VIDEO
Orlando Luis Pardo Lazo
- 15 EL PERIODISTA QUE DICE LA VERDAD
Alejandro Tur Valladares
- 18 POR QUÉ CRUCÉ LA LÍNEA
Francis Sánchez
- 22 UNA SITUACIÓN DIFÍCIL
Martha Beatriz Roque Cabello
- 25 TODOS ESTÁN DEFRAUDADOS
Jorge Olivera Castillo
- 28 SEPARADOS POR LA POLÍTICA, UNIDOS POR LOS NEGOCIOS
Julio César Álvarez
- 31 VENCIENDO AL MIEDO
Mario Hechavarria Driggs
- 34 LA LUCHA PASIVA
Tania Diaz Castro
- 37 LA SOLEDAD DEL DISIDENTE
Lia Villares
- 41 #LOS12
Derechos Humanos



Editorial

Agnes Koleman

La oposición cubana es considerada por muchos como una minoría marginada, aislada del resto del pueblo cubano, que prefiere mantenerse alejado a los opositores por desprecio a su posición contraria al régimen o simplemente por miedo a sufrir las mismas consecuencias que sufren ellos. Hablar de disidencia es hablar de soledad y de miedo. Su lucha parece a veces una lucha particular, privada, que poco tiene que ver con la realidad cubana.

Sin embargo, el sueño de la revolución ya ha muerto para más de unos pocos, y quizás hoy pueblo y oposición ya no estén tan alejados. Quizás hace mucho que ya no lo están.

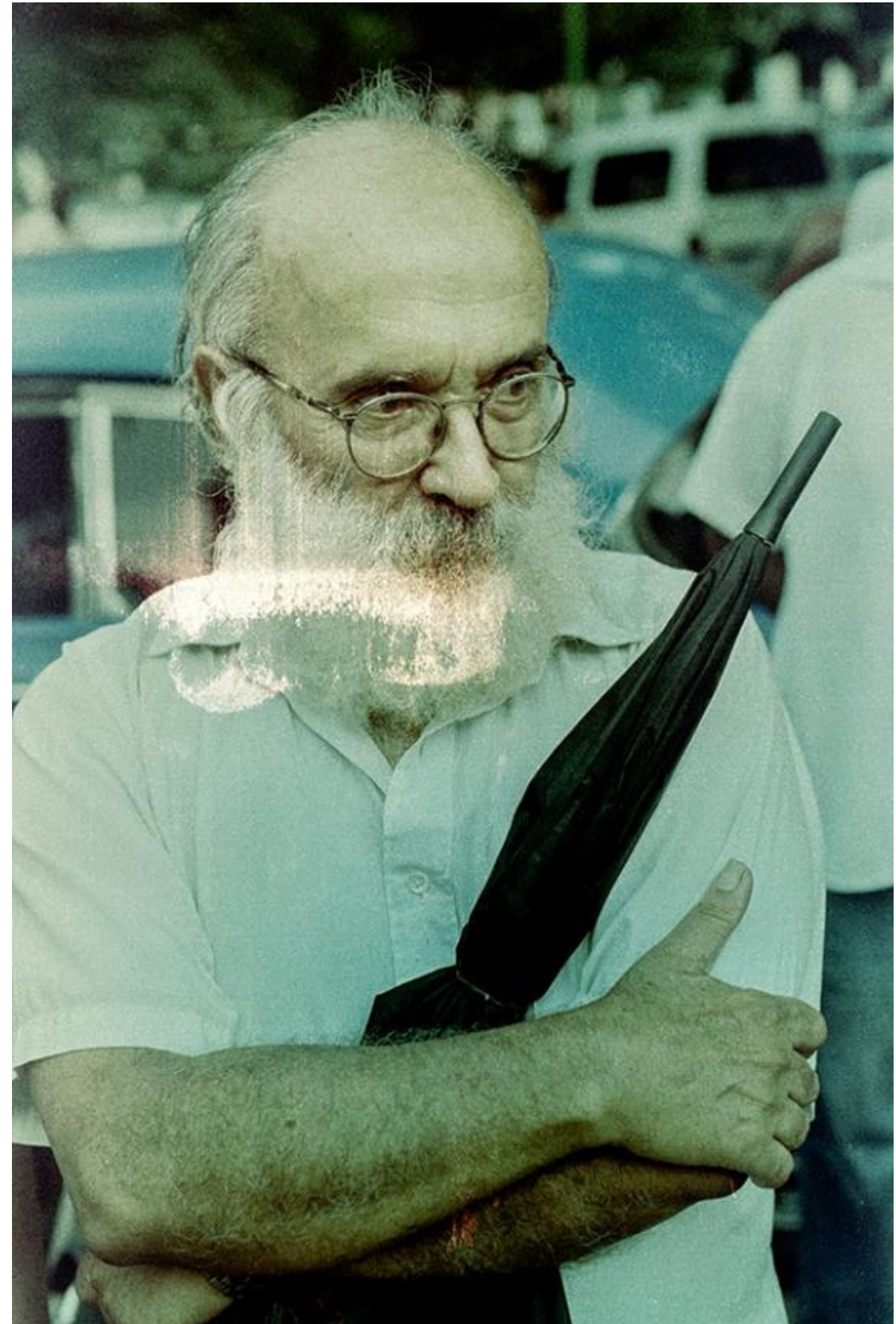
El proyecto Varela, inspirado por Oswaldo Payá en el año 1998, es considerado el momento álgido en la identificación civil entre opositores y pueblo. Amparados en el artículo 88 de la constitución cubana, que permite a los ciudadanos proponer leyes si 10.000 electores registrados presentan sus firmas a favor de la propuesta, Payá y sus colaboradores reunieron y presentaron en 2002 ante la Asamblea Nacional de Cuba 11.020 firmas apoyando una reforma de la constitución, y en 2004 otras 14.000 firmas más. Aunque la Asamblea rechazó la petición infligiendo la propia constitución, lo cierto es que una parte importante de los cubanos se atrevió a firmarla, y como comenta uno de nuestro autores, la mayoría de los firmantes eran asalariados del Estado.

¿Y qué pedía el proyecto Varela? Pues básicamente libertad de expresión y asociación, amnistía para los presos políticos, libertad de empresa, respeto a los derechos de los trabajadores y pluralismo político. Cuesta creer que muchos cubanos estuviesen en desacuerdo con eso.

Los artículos de este boletín exploran esa relación de los disidentes con el resto del pueblo cubano; lo que les separa y, sobre todo, lo que les une. Hablan de las muestras de solidaridad con la disidencia de una sociedad cansada de sufrir privaciones pero aún más decepcionada por las promesas incumplidas y las cada vez más profundas desigualdades sociales.

Hace poco más de un mes se cumplieron 12 años de la presentación del proyecto Varela por Oswaldo Payá, y hoy es más importante que nunca mantener su espíritu vivo. La Unión Europea se acerca a Cuba y el asunto de los Derechos Humanos queda una vez más en segundo lugar, detrás de los intereses económicos. Desde el gobierno cubano, como escribe otro de nuestros autores, se ponen parches capitalistas que lejos de beneficiar al pueblo aumentan sus privaciones, sin cambiar ni un ápice la situación de sus derechos.

Oswaldo Payá creía que Cuba no tiene que elegir entre el neoliberalismo salvaje caracterizado por el entreguismo a EEUU y el populismo totalitario del régimen de La Habana. Los cubanos tienen que encontrar su propio camino. Los retratos del fotógrafo cubano Claudio Fuentes, que ilustran el boletín, muestran opositores y gente del pueblo, muestran cubanos que cada vez están más cerca los unos de los otros. 🚫



Crece la solidaridad del pueblo cubano con la oposición

Roberto Guerra | Hablemos Press

El terror implantado en la población cubana, durante más de medio siglo, por el régimen castrista, se está perdiendo en la isla.

El funcionamiento de las nuevas tecnologías del internet, los teléfonos celulares, computadoras personales, televisión por cable y otros aparatos multimedia están revolucionando las mentes. Estas herramientas han venido a consolidar la solidaridad del cubano de a pie con los opositores. Aunque su uso no va unido a la lucha por los Derechos Humanos, en muchos casos van de la mano.

Hablo con conocimiento de causa. He editado videos tomados por mis colegas durante varias protestas ocurridas en las calles. En mis ojos quedan reflejos de esos detalles. El cubano de a pie y oposición se van uniendo cada día más.

En los tres primeros meses de este año 2014, dos mujeres, Melkis Faure Echevarría y Sonia de la Caridad, han realizado más de una docena de protestas en diferentes puntos de la capital. Ambas mujeres han sido seguidas por decenas de ciudadanos que les arrebataban los panfletos que repartían de las manos, como ansiosos de saber que lo que está ocurriendo. Los videos con estos hechos pueden verse en nuestra web www.cihpress.com.

Los vídeos muestran cómo cuando los policías arrestan a Melkis y Sonia una gran multitud de gente intenta protegerlas y grita: “asesinos”, “abusadores”, “traidores del pueblo”, “corruptos”, “ellas “solo reclaman sus derechos” y “libérenlas”, entre otras muchas consignas. Muchas de las frases no se escuchaban desde hace medio siglo, afirmaron algunos ancianos, al ser consultados.

Se puede afirmar así que las protestas ocurridas durante lo que va de 2014 en las provincias Santa Clara, Holguín y Guantánamo han contado con la solidaridad del cubano de a pie con la oposición.

Un importante hecho que unió a la oposición con el cubano de a pie fue el cacerolazo protagonizado por Ibón Malleza y Rosario Morales, en el 2011, en el antiguo Mercado Único de Cuatro Caminos, donde por primera vez en más de 50 años se escucharon gritos de “Libertad”, “Libertad”, “Libertad”... que venían de voces del pueblo.

Sucedió algo parecido en la protesta realizada ante el capitolio nacional, el 23 de agosto del 2011, por Sara Marta Fonseca, Odalys Sanabria y otras dos mujeres. Recuerdo que fue tanta la solidaridad del pueblo con estas mujeres que las aplaudieron. Estas imágenes circularon en las memorias de teléfonos móviles, flash y discos DVD de mano en mano, de provincia en provincia, de región en región; hasta los lugares más remotos de la isla. Y también en el resto del mundo: los vídeos recibieron miles de visitas en los sitios de internet.

Vivo esa solidaridad del pueblo a diario cuando camino por las calles de mi comunidad y los ciudadanos me preguntan si hay vídeos nuevos, qué noticias son las últimas, qué ocurrió con el barco Norcoreano que atraparon en Panamá lleno de armas procedentes de Cuba, qué sucede en Venezuela, qué pasará en Ucrania.... Las felicitaciones por nuestro trabajo de informar no faltan.

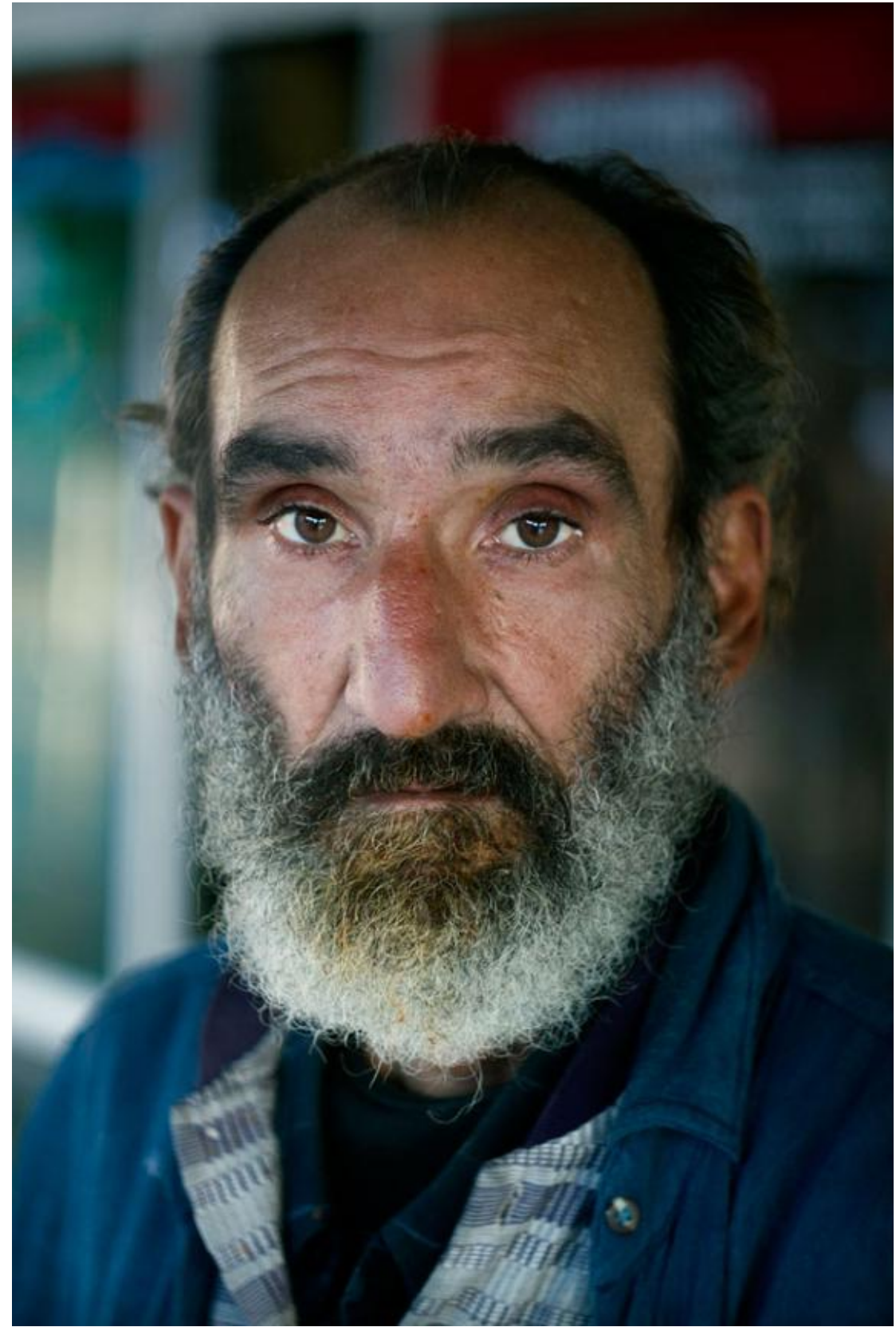
Qué decir del Movimiento Damas de Blanco, cuando camino al lado de una de ellas como Berta Soler, Magaly Norvis o Sandra Guerra, y escucho a personas ancianas y jóvenes felicitarlas y exhortarlas a seguir luchando

por una Cuba nueva. Personas que se quitan el sombrero o la gorra y se arrodillan para besarles las manos, o que les pagan el pasaje de un carro cuando montan, o les regalan una flor. Eso es solidaridad del pueblo con la oposición.

A mi modo de ver las cosas, la solidaridad es el gesto que terminará derrocando la dictadura que ha tratado de mantenernos divididos, pues silenciar cada voz que se opone a la solidaridad y la unión es lo que nos ha tenido prisioneros durante más de medio siglo.

Tengo decenas de testimonios que contar sobre la solidaridad del pueblo con la oposición. Podría pasar días narrando estos hechos, que cada día se vuelven más comunes, como el de la anciana que anda con una memoria flash colgada al cuello, buscando vídeos.

Creo en esa solidaridad que está cambiando la mente de las cubanas y los cubanos, y creo que ahí está el cambio que necesitábamos. 🇨🇺



Miedo, mentiras, y cintas de video

Orlando Luis Pardo Lazo

La época del miedo en Cuba parece que ya pasó. O puede ser sólo una impresión.

Lo que Oswaldo Payá Sardiñas (1952-2012), mártir fundador del Movimiento Cristiano Liberación, llamaba la “cultura del miedo”, tal vez se va ya difuminando en cada esquina de Cuba, según se fue destartando el aparato de control que sometió a la Isla durante décadas de delirio y decadencia. Un aparato no sólo simbólico, sino sustentado malignamente sobre miles –y millones– de censuras y cárceles y cadáveres cubanos.

Ante la barbarie impune del Estado, la sabiduría de nuestro pueblo devino cínica. Generación tras generación, aprendimos a temer. El miedo se convirtió en un valor en sí mismo, en el síntoma inconfundible de nuestro instinto de conservación. Los cubanos teníamos miedo para no tener muerte, para sobrevivir. O acaso sobremorir.

Peor aún, nos acostumbramos a esconder ese miedo incluso ante nosotros mismos. Al instaurar la mentira como modo de vida, intentamos entonces tornarnos inocentes, ser niños ante el Déspota Paternalista, ante el Ogro Filantrópico, ante el Caudillo Máximo. Así, desarrollamos un Complejo de Edipo con-la-Revolución-todo y contra-la-Revolución-nada, como si la utopía totalitaria fuera la medida de todas las cosas.

Sabiduría del siervo: soñarse siervo a voluntad. Imaginarse no un siervo servil, sino un siervo inservible para su señor. Pasar inadvertidos ante la mirada panóptica del poder. Esa táctica tétrica se suponía que nos salvaba de ser cómplices. Esa estrategia estéril justificó nuestra

indolencia ante las injusticias e infamias. Oh, pobrecitos los cubanitos tan encerraditos bajo la bota vil de un tal Castro, allá, en su paraíso despótico tropical. Para colmo, tan lejos del mundo y tan cerca del archienemigo imperial...

Ciudadanos infantilizados, los cubanos jugamos entonces a no saber nada de nada. Y en esa ignorancia insultante radicó nuestra más siniestra sabiduría. A golpes de muerte revolucionaria, aprendimos a no saber. A no preguntar, a no dudar. Pero, también, a acatar sin creernos nada de lo acatado. Ese es el peor legado antropológico del castrismo: millones de vidas de mentiritas, falso síndrome de Peter Pan que en todos los manuales de siquiatria aparece como la más irreversible de las enfermedades mentales. Acaso la única verdaderamente elemental: asumir el mundo como una violencia contra nuestra voluntad y defendernos con una representación reprimida. ¿Síndrome de Pinocho Pan?

En efecto, el castrismo creó un cubano de trapo, títere hoy a punto de quedarse sin titiritero. Un Homúnculo Nuevo, un ventrílocuo inverosímil y versátil, capaz de adaptarse 100% a la retórica de cada período de la Revolución. Sin embargo, en el siglo XXI por fin se respira la primera línea de otra ilusión: la época del miedo en Cuba parece que ya pasó. Y ojalá no sea sólo una impresión.

Es fácil pasar del miedo a la mentira, sin transición. Pero de la mentira a una vida en la verdad, hay un abismo que sólo puede ser vencido con la vehemencia de la virtud. Y toda virtud para Fidel Castro es un crimen de guerra o una alta traición. La virtud es algo que el dictador en jefe jamás le ha perdonado a los cubanos: le aterra cuando no nos puede

corromper. Por eso asesinaron a sangre fría al hombre más libre en toda la historia de nuestra nación, Oswaldo Payá Sardiñas. Por eso sus verdugos de verde olivo no dudaron en sacrificar –como si de un daño colateral se tratara– la vida de un joven testigo del atentado, el activista social Harold Cepero, uno de los más nobles y brillantes líderes del Movimiento Cristiano Liberación.

El Proyecto Varela, coordinado por cientos de ciudadanos comprometidos con un cambio verdadero en Cuba, bajo la inspiración inicial de Oswaldo Payá, ha sido el máximo hito de identificación civil entre opositores, disidentes y pueblo. Firmar esta iniciativa pacífica y constitucional de modificación de las leyes en Cuba significaba, también, quitarse la careta de la cobardía y el cinismo. Dejar de ser sujetos de Fidel e inaugurar el futuro secuestrado desde el primer jueves de enero de 1959.

Por primera vez en décadas, con el Proyecto Varela hubo una manifestación pública de miles y miles de cubanos en Cuba. No una manifestación en las calles militarizadas de la Revolución, lo que sólo hubiera provocado una masacre al estilo de Tianamén por parte del régimen de La Habana (probablemente con mínima repulsa internacional), sino una manifestación en el corazón infartado del sistema: una proclama libertaria dentro de sus propios órganos obsoletos de gobierno. De hecho, ante la mirada incrédula del mundo, los cubanos masivamente dijeron NO a la mentira y el miedo.

Gracias a Albert Camus, también víctima de un atentado automovilístico como Cepero y Payá, los cubanos supimos que un hombre rebelde es aquel que un día dice NO. De ahí el pánico vengativo de Fidel Castro al

darse cuenta que, después del Proyecto Varela, el sistema socialista en Cuba nunca más podría considerarse legítimo, pues todavía hoy le debe una respuesta al pueblo cubano, así como tiene que dejar vía libre para una transición que ponga punto final al secuestro del Estado por un clan con maquillaje de Partido Comunista (si bien se trata apenas de otra de las tantas hampas familiares que han hecho de Latinoamérica un cementerio incivil).

Paradojas de la patria: el Proyecto Varela fue firmado, en su abrumadora mayoría, por personas con un empleo dentro de la Cuba de Castro. Es decir, es una petición ciudadana suscrita por asalariados del propio establishment. Es decir, está protagonizada por el proletariado cubano desde dentro, desde cerca, como una apoptosis contra la apoteosis de la Revolución, tal y como se garantiza ese derecho en el artículo 88(g) de la Constitución reconocida por el propio tirano desde 1976.

El Proyecto Varela es un grito de esperanza en medio de la debacle y del desierto, un adiós al imperio de la mentira y el miedo, y la esperanza más factible de devolverle su brillo bueno a la palabra “verdad”. Por supuesto, no pocos de los firmantes terminaron expulsados de sus centros de trabajo y estudio, casi todos sus líderes fueron encarcelados y luego deportados, y a la postre asesinaron a su creador conceptual. Pero la represión no puede enfocarse en todo ese océano de más de 25,000 firmas que aún espera porque la Asamblea Nacional del Poder Popular de Cuba respete su propia ley.

Cada firmante del Proyecto Varela es de algún modo un evangelio vivo, más allá de cualquier militancia política (siempre tan efímeras) y de toda ideología (siempre tan idiotas). Su naturaleza no partidista lo convierte

en un instrumento pre-político capaz de movilizar las mejores energías no sólo de la sociedad civil, sino del pueblo cubano en pleno, donde quiera que estemos los cubanos, dentro o fuera de las fronteras fósiles de una isleta todavía al margen de la modernidad.

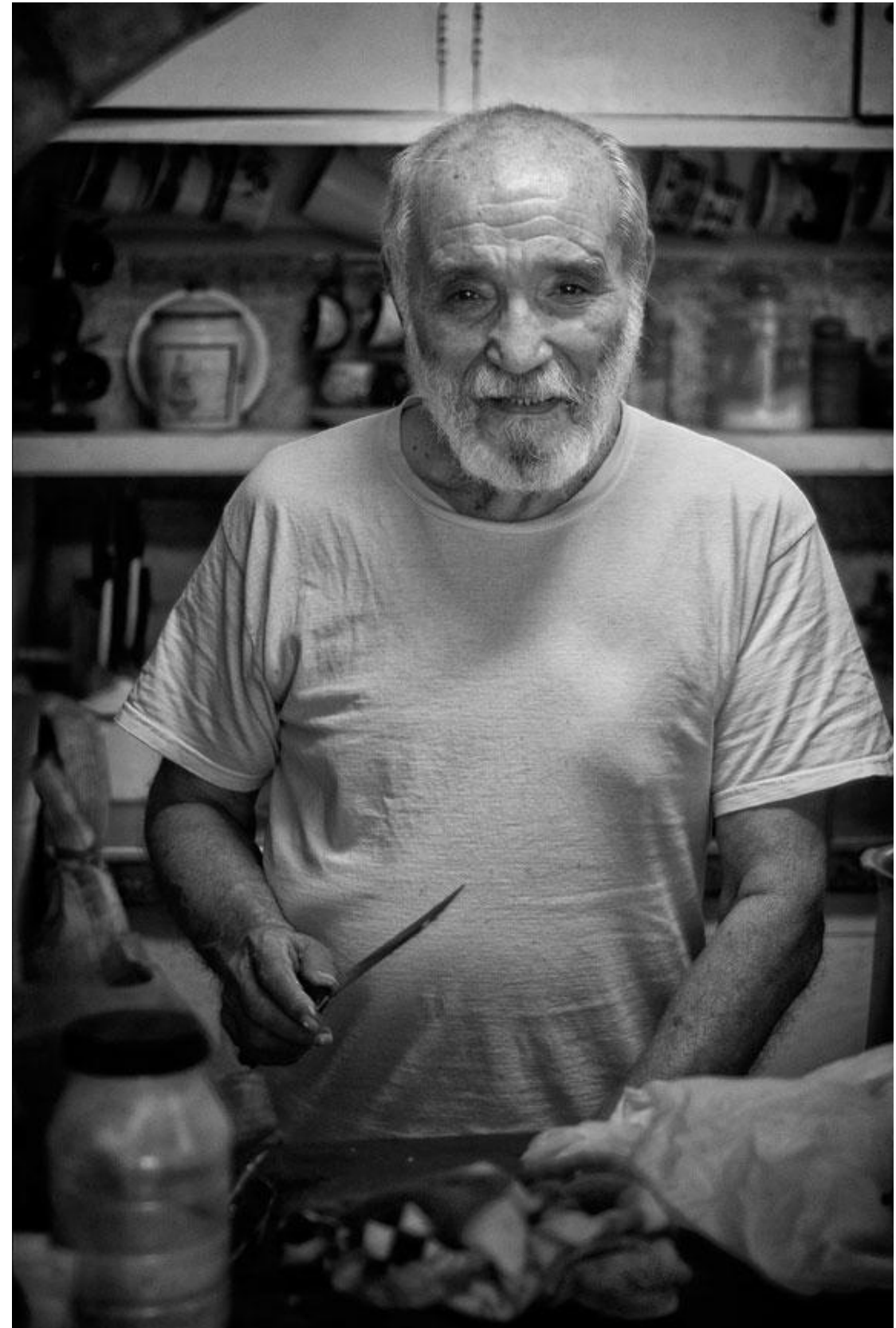
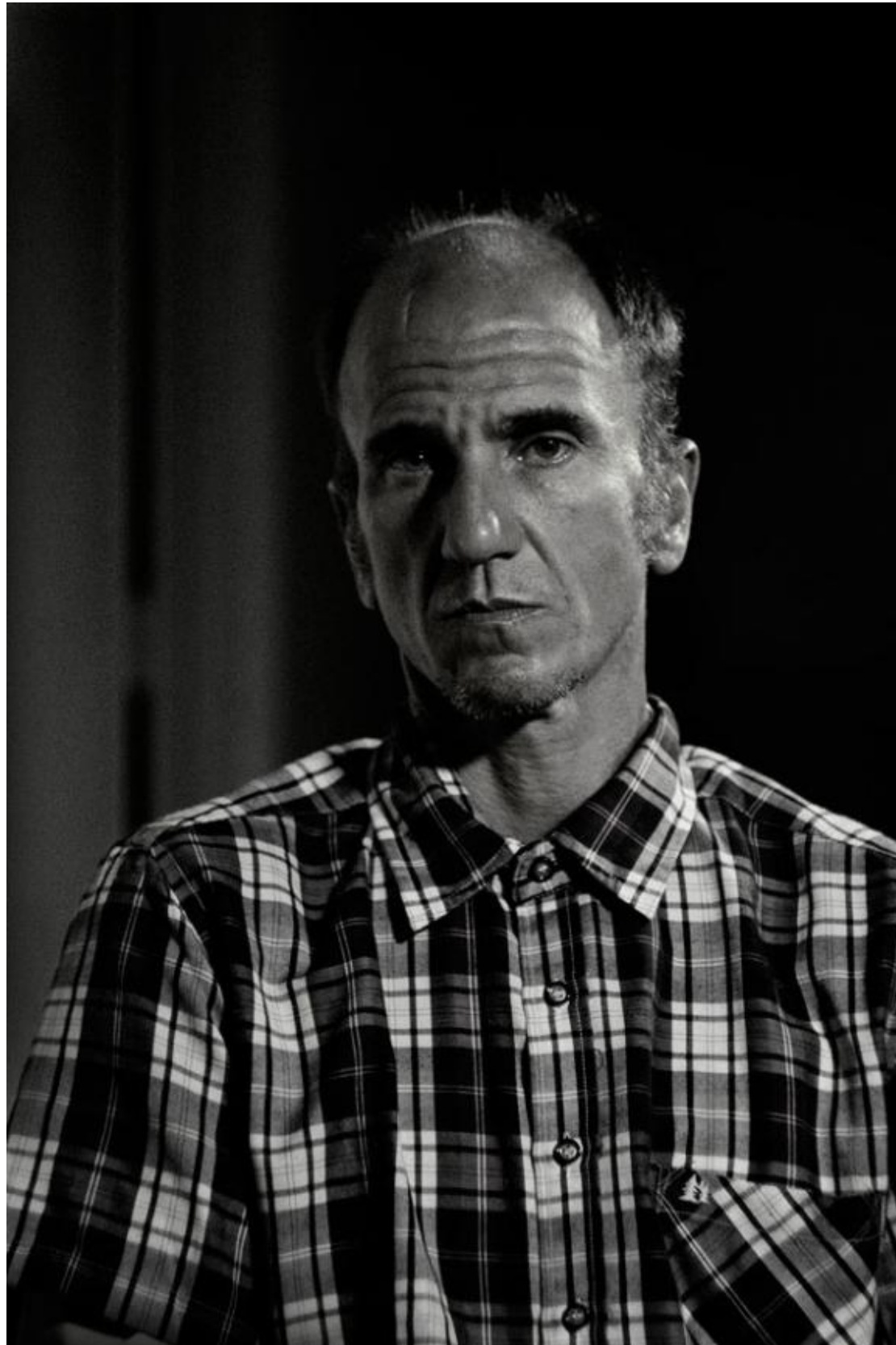
En los últimos años, gracias a la solidaridad pro-derechos humanos de no tantos países como debieran, los activistas sociales cubanos se han empoderado con equipos de grabación audiovisual, así como computadoras portátiles que permiten la edición de sus filmaciones. De suerte que la represión comunista ya no ocurre en la Isla detrás de un Telón de Azúcar, con esa oscuridad típica del Medioevo, sino que muchos actos de violación de derechos y de violencia física por parte de la policía son registrados y, más temprano que tarde, se denuncian ante la opinión pública mundial, aprovechando las grietas que se abren en el muro de la censura gubernamental, donde es imposible contratar una cuenta privada de acceso a internet.

Por eso ahora se ha hecho menos difícil dejar atrás la mentira del “sistema social perfecto”, pues cada vez más y más cubanos cuentan con testimonios de primera mano registrados por ellos mismos o por sus vecinos para la posteridad. Las cámaras de video, antes con cintas y ahora casi siempre de soporte digital, son la voz de los valientes y también expresan la verdad de los que aún no se atreven a ser ellos mismos dentro de la Isla.

Los hechos son mudos y por eso mismo son tan elocuentes. No dependen en absoluto del punto de vista de quien los narra o los recibe. No son manipulables, como sí es manipulable incluso la imaginación popular, cuando cae entre el fuego cruzado de los tribunos y los

terroristas de Estado. Los hechos son los quantum críticos de la Historia, son la materia prima de la esperanza. Y, a pesar de la demagogia sorda que caracteriza al castrismo desde el inicio, la Historia sí condenará a los Castro Inc.

Más allá de diferencias y decepciones, la disidencia cubana sigue viva y coleando, narrando una presente irrefutable de los penúltimos días del despotismo. El futuro es hoy. Así sea. 🚫



El periodista que dice la verdad

Alejandro Tur Valladares

Los toques fuertes en la puerta principal, el ladrido compulsivo de los perros, lo inusual de la hora y el contexto que por esos días vivía la isla, me indujeron a pensar acertadamente que fuera de la casa tenía lugar un operativo parapolicial con el propósito de efectuarme un acto de repudio.

Mientras me incorporaba de la cama se repitieron los toques, esta vez los acompañaba una voz autoritaria que ordenaba abrir la puerta.

Tan temprano era que aún no se disipaban las sombras. A tientas me acerqué al picaporte y al abrir la puerta un sujeto uniformado se posicionó ante mis ojos. Tras el militar, una masa de individuos aguardaba su turno para increparme. Formaban parte de las tristemente célebres Brigadas de Respuesta Rápida.

Tras el “un, dos, tres”, evocado por alguien que fungía como director de aquella irascible orquesta, comenzaron a emanar ordenadamente los epítetos que me tenían reservados: “Mercenario”, “Vende Patria”, “Terrorista” y “Gusano” fueron los más reiterados.

Corría el año 2005; habían transcurrido dos años desde La Primavera Negra, la oleada represiva que llevó 75 opositores políticos a prisión -algo más de una veintena de ellos eran periodistas independientes-, y un año desde que yo comenzara mi labor como periodista independiente. Reflejar la realidad cubana tal cual, sin edulcorantes ni cortapisas, había irritado a los cancerberos ideológicos del Partido Comunista, quienes dispusieron emplear contra mí el arma más efectiva con que cuentan a la hora de quebrar disidentes: el miedo.

Con este afán suelen utilizar las Brigadas de Respuesta Rápida; una masa difusa de individuos manipulables que, ya sea por compromiso ideológico, oportunismo, maledicencia o simple miedo, se prestan para abuchear o incluso apalear a los adversarios políticos.

Acompañan a este núcleo duro de militantes comunistas ciudadanos comunes que extraen de los centros laborales y a los que bajo engaño o coacción obligan a hacer acto de presencia ante las viviendas de los “herejes políticos”.

Como era la primera vez que enfrentaba un escenario como aquel, es fácil imaginar que los gritos histéricos del tumulto causaron su efecto. Claro que sentí miedo, sobre todo porque no estaba sólo: me acompañaban en aquella surrealista experiencia mi esposa y mi hija.

No obstante la determinación de no dejarme aplastar, debo confesar que estaba deprimido. ¿Cómo era posible – me preguntaba – que cubanos se prestasen para reprimir a otro cubano?

Ya llevaban tres horas de desvirtuadora letanía castrista y la indignación y excitación inicial habían cedido su cetro al tedio. Entonces sucedieron dos acontecimientos que cambiarían para siempre la percepción pesimista que para ese entonces yo tenía de la sociedad cubana.

Todo aconteció tan rápido que nadie tuvo tiempo de reaccionar. Una ciclista que pedaleaba entre la multitud detuvo el vehículo, y con pasmosa calma y voz viril y serena me gritó: “Hermano, no te dejes amedrentar; ánimo y adelante”.

Aquella temeraria muestra de solidaridad fue como un rayo. La

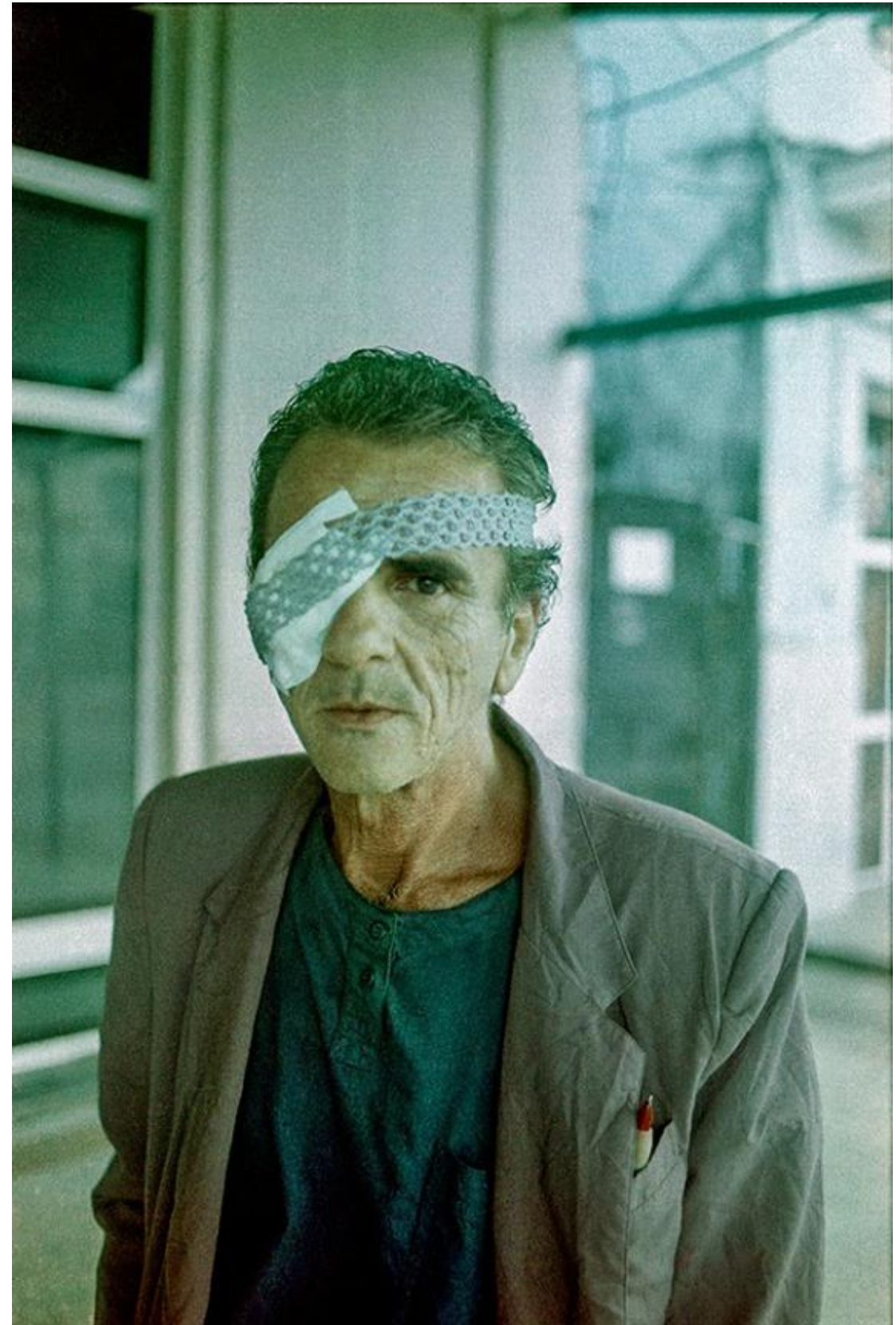
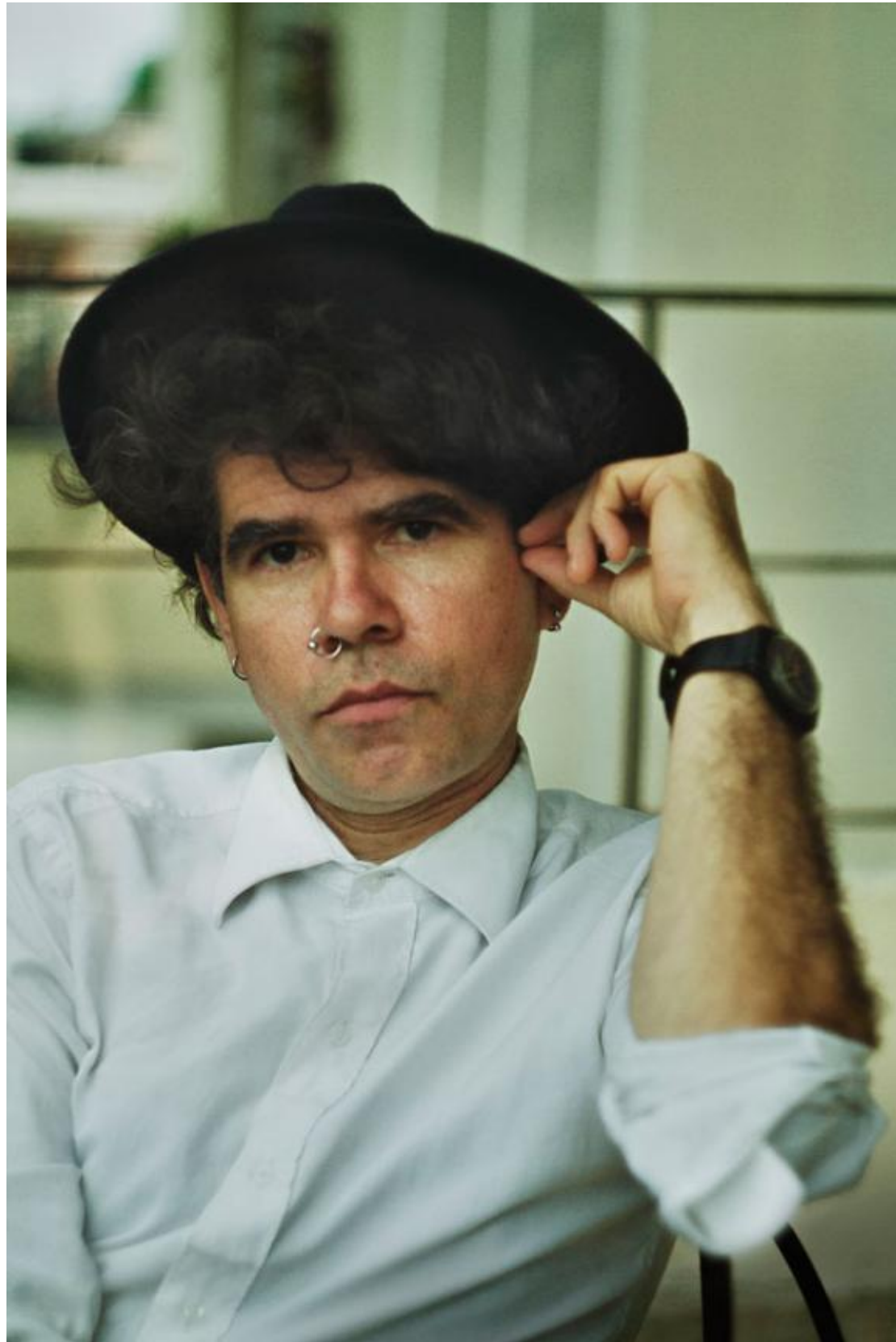
desmoralización cundió en las huestes brigadistas.

No tuvo tiempo quien dirigía aquel aquelarre para levantar la moral arrebatada de los complotados por medio de consignas, pues en medio de los esfuerzos revitalizadores aconteció un segundo acontecimiento tan osado como el primero que sin proponérselo tendría un efecto lapidario. Un vecino quiso, en gesto solidario, entrar a mi casa a pesar de la negativa manifiesta del pequeño grupo fundamentalista. Su intento por penetrar a mi morada fue bloqueado, tras lo cual tres de los presentes le golpearon con saña.

La reacción adversa de la inmensa mayoría de los presentes, particularmente de aquellos que con coacción y engaño habían sido forzados a estar allí no se hizo esperar. Expresiones como: “Yo no estoy de acuerdo con que se golpee a un hombre indefenso” o “¿Qué clase de revolucionario es aquel que golpea a quien no le hecho mal?” fueron invadiendo las gargantas de los presentes, que sin mediar acuerdo previo se comenzaron a marchar.

A partir de ese momento soy capaz de ver el perfil solidario de la sociedad cubana. Un rostro que el miedo, la propaganda oficialista y el desconocimiento inducido mantienen sumergido en la oscuridad.

Desde ese instante dejé de ser – socialmente hablando – un desconocido. De todos los confines de la ciudad aparecieron personas desconocidas que tocaron a mi puerta para mostrar su apoyo. Entonces cambié de identidad, dejé de ser Alejandro y muchos ahora me conocen como “el periodista que dice la verdad”. ←



Por qué crucé la línea

Francis Sánchez

Todavía hay personas que se acercan a decirme que lamentan «mi situación», poniendo cara de luto, y hasta se atreven a especular en qué habré fallado para convertirme en una especie de escritor lleno de radiación sutil que es detectada y rechazada por el aparato del poder. Con lástima, y sufriendo náusea ante la intelectualidad que me rodea, a veces me quedo sin palabras ni ganas de defenderme. Pero, a veces, me hago preguntas.

Por ejemplo, ¿cuándo fue que crucé el límite y perdí la oportunidad –y las prebendas– de ser un escritor cubano oficialista? ¿Qué hice mal fuera de lo «normal»? ¿En qué momento mi nombre cayó en la lista negra?

Quizás todo empezó aquella vez que, junto a mi esposa y amigos, fuimos a visitar al joven poeta Reynaldo Hernández Soto en la cárcel de Canaleta, para darle nuestro apoyo. Estaba preso por atreverse a escribirle una carta al presidente de Cuba donde mostraba su desacuerdo con el fusilamiento del general Arnaldo Ochoa (1989). Romántico, encabezó la misiva con su nombre y dirección. Lo acusaron de desacato y lo pusieron tras las rejas.

Pudo haber sido cuando recibí el sacramento del bautismo en la iglesia católica (1994), el año de la gran crisis de los balseiros. Aún el gobierno no había publicado un edicto autorizando a sus seguidores a compartir creencias religiosas, o lo que es lo mismo, a que la religión fuera aceptada como parte de la toponimia espiritual de la nación. Aunque tal vez fue más determinante hallarme entre los que sacamos la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre en hombros a la calle, y le dimos la vuelta al parque, frente a cordones de policías vestidos de civil, cuando

esas procesiones estaban prohibidas.

Quizás la gota que colmó la copa fue escribir y hacer circular el texto «La crisis de la baja cultura» en medio de la «Guerrita de los emails» (2007). Fidel había cedido su cargo a su hermano Raúl, y un grupo de escritores de la élite habanera entró en pánico creyendo que volverían las purgas de los años 70, por lo que empezaron a enviarse correos electrónicos en cadena donde se repetía la palabra «miedo». Alguien vino a decirme que el ministro se había molestado mucho y dijo que el mío era un «texto gusano». De todos los participantes, fui el único que recibió una respuesta oficial de un funcionario, intentando ser «demoledor» al estilo más vergonzoso y pueril: sacándome en cara lo que yo habría ganado por derechos de autor por mis libros publicados, aludiendo a un contrato de compra de conciencia.

Quizás fue porque asistí al festival «Poesía sin fin» (2009) cuando ya el gobierno le había retirado el apoyo. Una semana antes nos llamaron a cada uno de los invitados para alertarnos que el evento quedaba oficialmente suspendido. Llamé a los muchachos de OMNI-Zona Franca, y me dijeron que los habían desalojado de la Casa de Cultura de Alamar –motivo: negarse a hacer el papel de policías, negarse a garantizar la no asistencia de Yoani Sánchez y cualquier opositor político en las actividades–, pero que de todos modos organizarían el festival en sus propios hogares. Allá me fui y, por supuesto, no éramos muchos los poetas del resto del país presente-desobedientes.

Aunque quizás lo más grave fue desoír al mismo funcionario antes aludido, cuando una noche se me acercó para advertirme que no participara al día siguiente en la peregrinación hacia el santuario de San

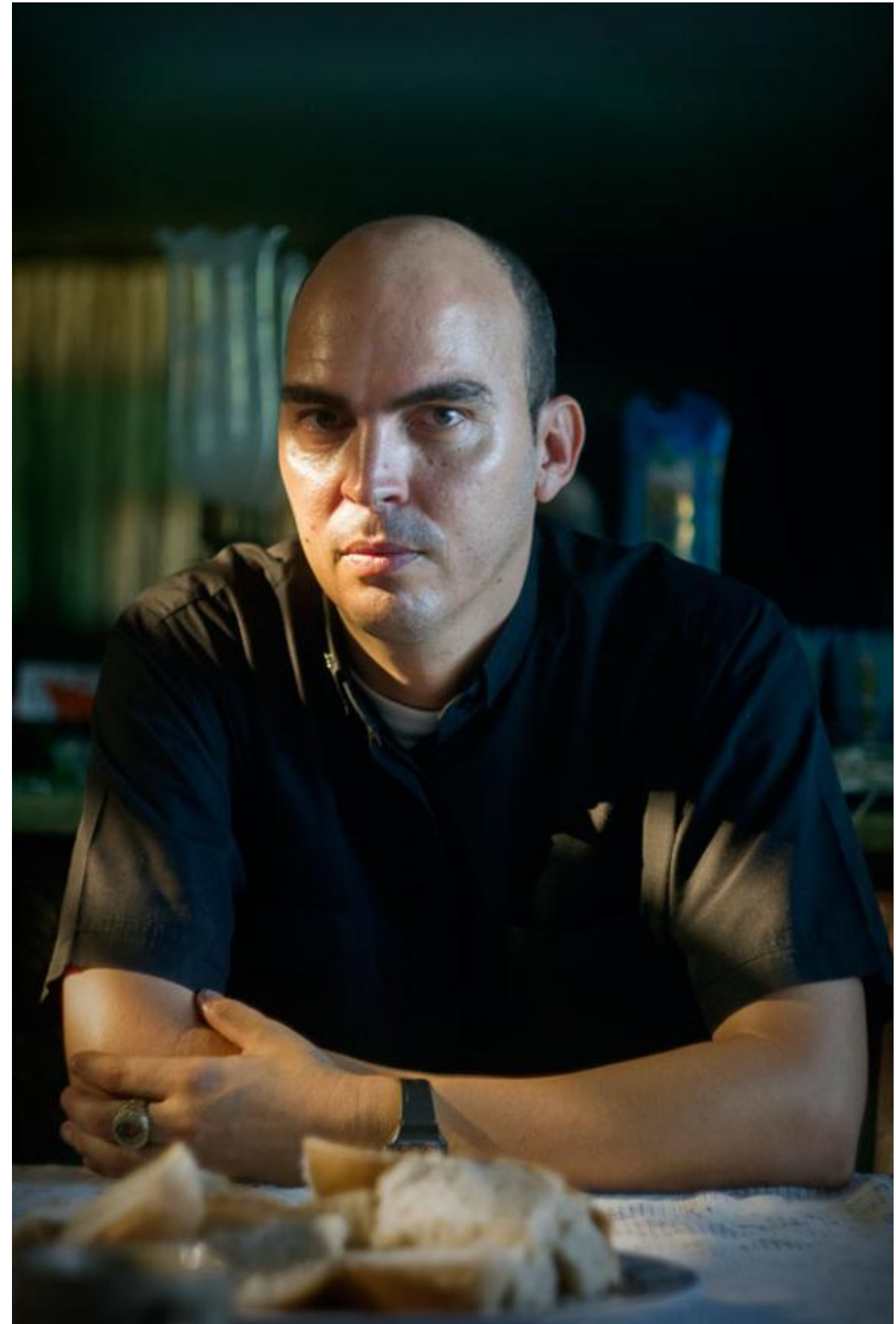
Lázaro, porque podría «pasar algo» y sería muy lamentable que un poeta como yo se hallase –dijo– en medio de un problema así. Al otro día, a lo largo de los muchos kilómetros que caminamos, rotándonos para cargar un enorme garabato de madera como una cruz, y coreando consignas por la poesía, estuvimos flanqueados por filas de guardias armados, mientras nos hacían fotos desde todos los ángulos.

¿Lo más grave habrá sido crear un blog independiente (2010), y llamarlo Hombre en las nubes? Quizás si me hubiera dedicado a opinar sólo sobre las figuras imaginarias de las nubes y otras delicias, no tendría problemas. Pero en un escrito abagué por la libertad de un amigo, el preso político Pedro Argüelles, y en otro comenté el primer aniversario de la muerte de Orlando Zapata Tamayo en huelga de hambre. Comprendo que el método de domesticación de la intelectualidad cubana incluye la enseñanza de que al sujeto «otro» por antonomasia, al disidente político, no se le reconoce, ni se le ve.

¿Que renuncié a la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba) en 2011? No debió ni debe alarmar a nadie –por más que no se conozcan otros casos–, si en realidad fuera una elección voluntaria pertenecer a una asociación que alista al espectro de todos los creadores de un país, con sus lógicas y hasta abismales contradicciones, bajo preceptos como reconocer la guía de un partido único. Lo cierto es que la politización de la sociedad cubana obliga, no deja margen para que un intelectual se realice o desarrolle por canales distintos u organizaciones espontáneas, así que salirse del control, negar la institución, significa en efecto una especie de suicidio. Y como tal, lo hice. Asco y suicidio.

Pero de nada sirve escarbar entre recuerdos, escombros, buscando los

puntos de fractura de mi vida y mi imagen. El problema ha estado siempre a la vista en la apariencia monstruosa que envuelve la idea de ser independiente y, por tanto, impredecible. Ya no importa lo que sugiera un poema, lo que digan mis libros. Habrá siempre una diferencia, un vacío, entre el lugar por donde yo camine y la senda del éxito oficial. ↩



Una situación difícil

Martha Beatriz Roque Cabello

Muchas personas se preguntan cómo es posible que el pueblo cubano sea tan “obediente”. Han transcurrido más de 50 años en los que el régimen ha ido moldeando a los que viven en la isla, para obtener “el hombre nuevo”; ese que no protesta, que aplaude, que desfila por las plazas, agacha la cabeza y que cada día se aprieta más el cinturón.

Desde muy temprano inculcó a los cubanos la obediencia al Estado; pero fue algo tan sutil, que muy pocos percibieron. Todo llevaba el matiz de la justicia social, el desarrollo y la igualdad.

Hoy en día, cubanos de primera y segunda generación después del totalitarismo se preguntan cómo se han permitido perder su vida completa sin vislumbrar un futuro; todo lo que han acumulado son necesidades y aspiraciones.

Sin embargo, hay algunos cubanos que vencen el miedo, la mayoría con el objetivo de salir del país; porque aunque sea doloroso hay que reconocer que un porcentaje muy elevado de los que se convierten en disidentes o opositores, lo hacen con la aspiración de emigrar hacia los Estados Unidos de América.

Al principio tienen un proceso de adaptación, en el que la policía política les hace la fuerza para que dejen la disidencia, o para que cooperen con ellos. Para suerte de la oposición son pocos los que salen de ella en esa etapa, aunque unos cuantos de los que se quedan deciden cooperar con el régimen; pero la gran mayoría, finalmente logra adaptarse a los arrestos por horas, las prisiones, las golpizas, la discriminación social, las Brigadas de Respuesta Rápida y una larga lista de otros tipos de hostigamiento.

Entre los malos tratos y la violencia que utiliza el régimen a través de todos los factores que utiliza contra la oposición, está la propaganda delictiva. De ellos dice que son mercenarios a sueldo al servicio de Estados Unidos, aunque no tengan un centavo y vivan en condiciones deplorables. Siempre hay un oficial de la policía política a nivel de municipio, e incluso hasta a nivel nacional -en algunos casos- que se encargará de amedrentar a todas las personas que se relacionan con el opositor, incluyendo a la familia.

Algunos se preguntarán: ¿y por qué la gente les hace caso? Ahí está la clave del trabajo de años que los que no han vivido la dictadura no entienden. Todo, absolutamente todo, pertenece al Estado y lo que no es de él, tiene el peligro de esfumarse, como es el caso del pequeño sector privado que existe en la actualidad.

De forma general nadie quiere arriesgar lo poco que tiene por apoyar a la oposición, e incluso muchas personas se prestan para repudiarla. Utilizan a los niños de los colegios a los que pueden manipular libremente, sin que los padres den su autorización, pues los movilizan en horario escolar.

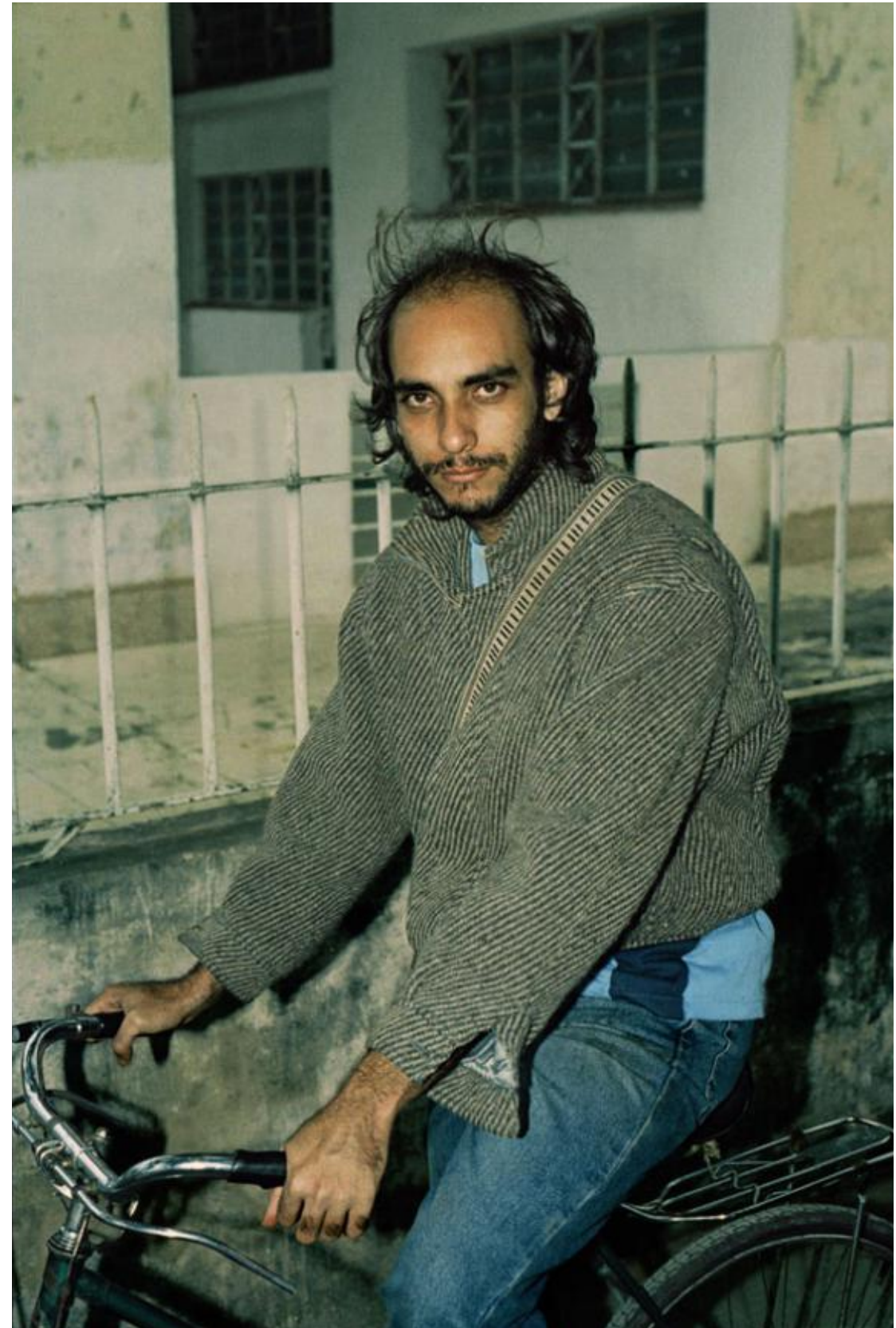
La dictadura quiere hacer ver al mundo que la mayoría del pueblo apoya la Revolución; y aunque es un eufemismo, desafortunadamente es cierto, si se analiza desde el punto de vista en que muy pocos son capaces de no hacer lo que el régimen quiere y estipula. Pero eso no significa que la sociedad cubana esté dividida: de forma general todos quieren el cambio y se admira a la oposición, a los que llaman “miembros de los derechos humanos”; aunque exista una grieta profunda entre los “oficialistas” y los disidentes.

También sucede que algunas de las organizaciones internas que se oponen al régimen no han cultivado una política inteligente de acercamiento al pueblo. Incluso a veces, con su actitud, hacen es que las personas tengan más miedo.

Un ejemplo de ello son las consignas que valientemente gritan en las calles, sobre todo cuando los arrestan, como: ¡Abajo Fidel!, ¡Abajo Raúl! ¡Vivan los Derechos Humanos!, etc., que levantan la ira de las fuerzas policiales y terminan conduciendo a los opositores a las Unidades de la Policía Nacional Revolucionaria (PNR) después de ser golpeados a la vista de cualquier ciudadano de a pie.

Algunas organizaciones han cambiado su táctica, pero el mensaje aún no llega al pueblo. Una parte de la oposición se dedica a hacer documentos, recoger firmas, crear nuevas organizaciones; otra a usar twitter hacia el exterior, a escribir para el mundo, a conversar con diplomáticos y personalidades; y no es que esas cosas no sean necesarias, pero no traen la unidad con el pueblo que hay que conseguir para que la oposición sea la punta de lanza que permita organizar la sociedad y buscar definitivamente la democracia.

Los cubanos, en primer lugar, están unidos por la desesperanza y las necesidades materiales. Sin embargo, son las desigualdades sociales, que se han incrementado de forma notable en los últimos diez años, las que hacen ya algunos protesten, no de la forma que se hace necesaria para conseguir un cambio, pero sí lo suficiente como para que el régimen comprenda el peligro en que se encuentra. 🚫



Todos están defraudados

Jorge Olivera Castillo

Son muy pocos los cubanos que no quieren un cambio hacia un modelo diferente. Incluso entre los militantes del partido y la juventud comunista, existe esa aspiración imposible de cambio a causa del crítico nivel de agotamiento socioeconómico, político e ideológico.

Lo engorroso es materializar esos anhelos en un escenario controlado por una compleja red de agentes y colaboradores, y donde las instituciones del Estado siguen siendo las únicas existentes; razón suficiente para deducir la vulnerabilidad de quienes han decidido alistarse en algunas de las agrupaciones contestatarias.

A pesar de todo, se ha avanzado en la articulación de un movimiento unido a favor de la transición hacia la democracia. Es cierto que falta camino por recorrer, pero el mero hecho de haber extendido la lucha a lo largo y ancho del territorio nacional representa un éxito incuestionable.

Valdría la pena mencionar iniciativas como Concilio Cubano, La Asamblea para Promover la Sociedad Civil y el Proyecto Varela, que independientemente de sus particularidades y propósitos, han dado muestra de los esfuerzos por masificar la lucha a favor de un cambio pacífico. De no ser por la colaboración de miles de personas habría sido imposible llevarlos a cabo.

El más ambicioso, y sin lugar a dudas, el de mayor trascendencia internacional fue el Proyecto Varela, que logró la presentación de más de 10.000 firmas ante la Asamblea Nacional para que el gobierno procediera a realizar modificaciones constitucionales. Aunque la represión gubernamental evitó el éxito de las respectivas agendas, es

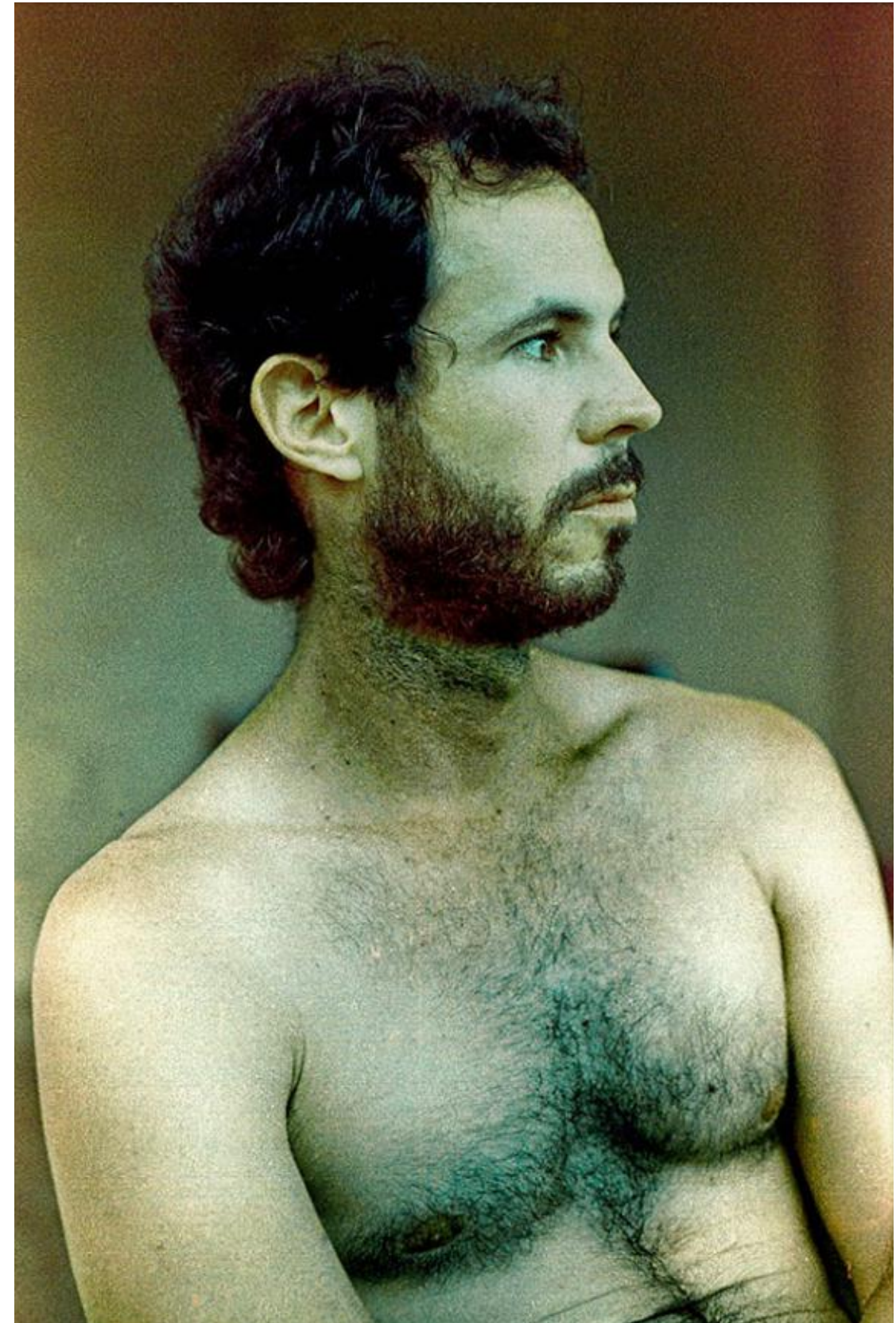
preciso detenerse en la paulatina pérdida del temor a manifestarse contra el estatus quo.

Ésta es una tendencia en desarrollo que en los próximos años podría alcanzar su clímax, si el régimen no agiliza el desmontaje de las barreras que impiden el establecimiento de un modelo más racional en términos económicos y que respete las libertades fundamentales.

La unión en torno a la necesidad de ponerle fin a una dictadura que ha afectado a la vida de cuatro generaciones de cubanos se produce de forma natural. Es cierto que persisten las vacilaciones y los acomodos, pero eso no quiere decir que todo esté perdido. Todo tiene su tiempo y Cuba no es la excepción de la regla. Así que independientemente de las prórrogas, el socialismo real desaparecerá de la Isla tal y como sucedió en la Europa del Este y la Unión Soviética.

Una de las señales que avala este punto de vista es el deterioro de los paradigmas sociales: Igualdad, gratuidades y pleno empleo son en la actualidad términos puramente retóricos. La mayoría se siente defraudada por tantas promesas incumplidas, prohibiciones de todo tipo y de que ahora se intente salvar al socialismo con parches capitalistas que lejos de beneficiar profundizan las privaciones.

En síntesis, el castrismo se ha quedado sin apenas partidarios fronteras adentro. Sólo cuenta con una retaguardia internacional que no determinará la evolución de los acontecimientos internos. Los cubanos están convencidos de que es hora de pasar la página del autoritarismo y emplearse a fondo en la reconstrucción moral y material del país. ←



Separados por la política, unidos por los negocios

Julio César Álvarez

En Cuba no existen conflictos religiosos, no hay etnias rivales ni disputas territoriales. Sin embargo, la sociedad cubana es una sociedad dividida por disposiciones ideológicas.

Los militantes del Partido Comunista no pueden amistarse con personas declaradas desafectas al proceso revolucionario. Eso es considerado una falta grave, penalizada con la expulsión del Partido. En el caso de los militares la condena es más drástica. Estos pueden ser acusados del delito de insubordinación si se comprueba que mantienen relaciones de amistad con personas desafectas al régimen comunista. Y pueden acabar en prisión.

Incluso el ciudadano común y corriente puede verse perjudicado si en alguna verificación del Ministerio del Interior (MININT) para optar por un empleo aflora su amistad con personas desafectas al régimen comunista de la isla. Por esa “falta” es casi seguro que le nieguen dicho empleo.

Las familias de Antonio y Rafael apenas intercambiaban saludos, a pesar de que vivían en apartamentos contiguos. Nunca tuvieron diferencias personales que justificaran su frialdad, pero ambas familias se encontraban en polos opuestos de la sociedad cubana. La de Antonio, aunque no pertenecía a ningún grupo opositor, criticaba abiertamente al gobierno y no estaba integrada al Comité de Defensa de la Revolución (CDR). La de Rafael, por el contrario, simpatizaba con el proceso revolucionario.

“En aquel entonces yo era militante del Partido Comunista (PCC). Hacía poco que habían despenalizado el dólar y dirigía una TRD (Tienda

Recaudadora de Divisas). Además era el jefe de vigilancia del CDR de la cuadra. Desde el punto de vista personal, no tenía nada en contra de la familia de Antonio, pero su abierta oposición a la revolución sí que impedía cualquier acercamiento entre nosotros”, recuerda ahora Rafael.

Por su parte, Antonio no tenía las limitaciones de Rafael para tratar a quien él quisiera: “A mí no me importaba que él fuera del Partido Comunista. Siempre lo vi a él y a su familia como buenas personas, decentes.”, recuerda también Antonio.

Antonio emigró a los EEUU gracias al Programa de Refugiados de la Oficina de Intereses de EEUU en La Habana. Logró convencer a los funcionarios estadounidenses de que era un perseguido político. Voló a Miami con su familia a finales de 1997. Quince años más tarde Antonio regresó a Cuba para visitar a su hermana. Fue a cenar a una paladar, y se encontró con que Rafael era el dueño del negocio. Había renunciado hacía unos años al Partido Comunista por problemas en el trabajo. Había permutado, y se dedicaba al negocio por cuenta propia.

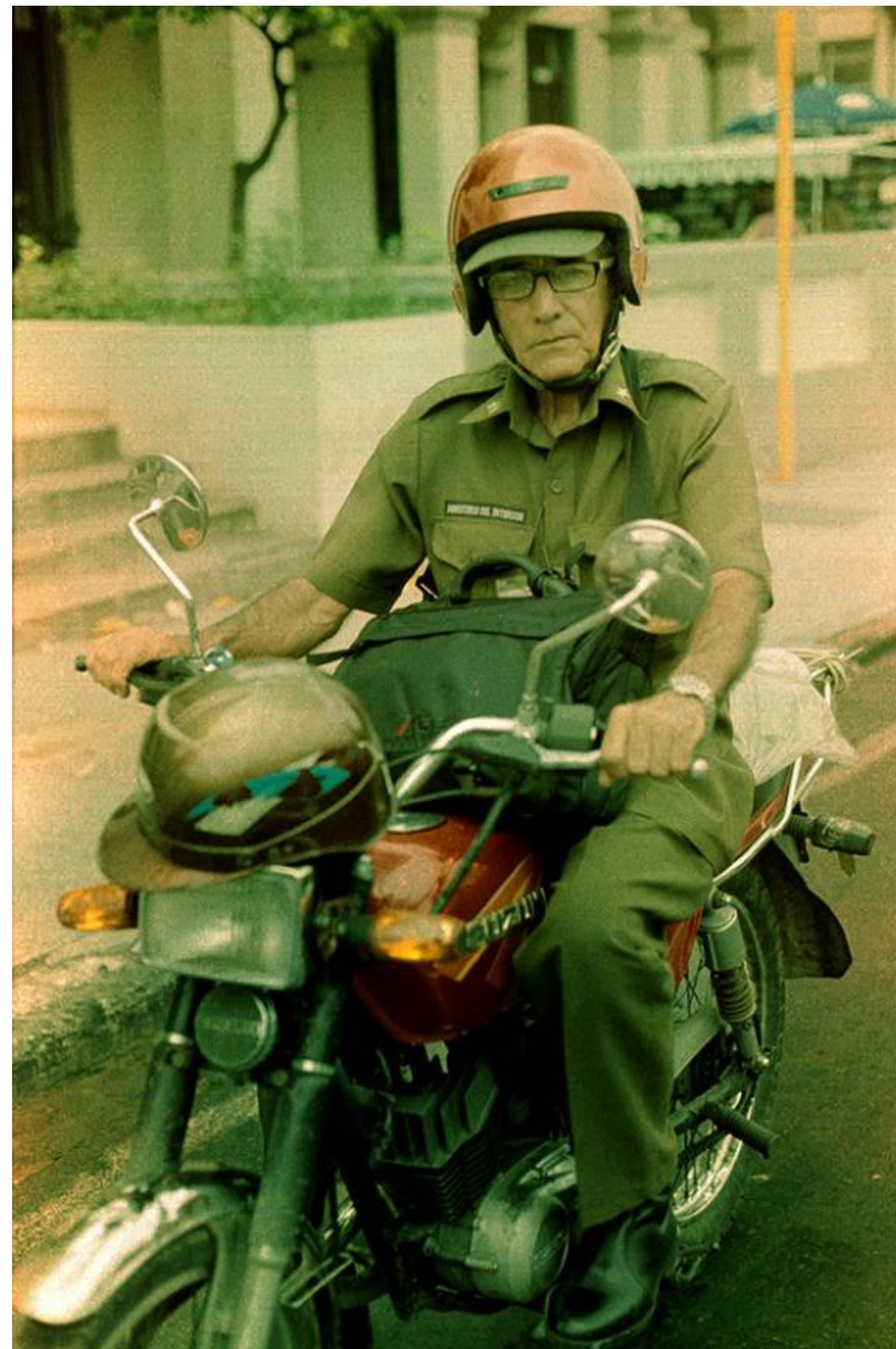
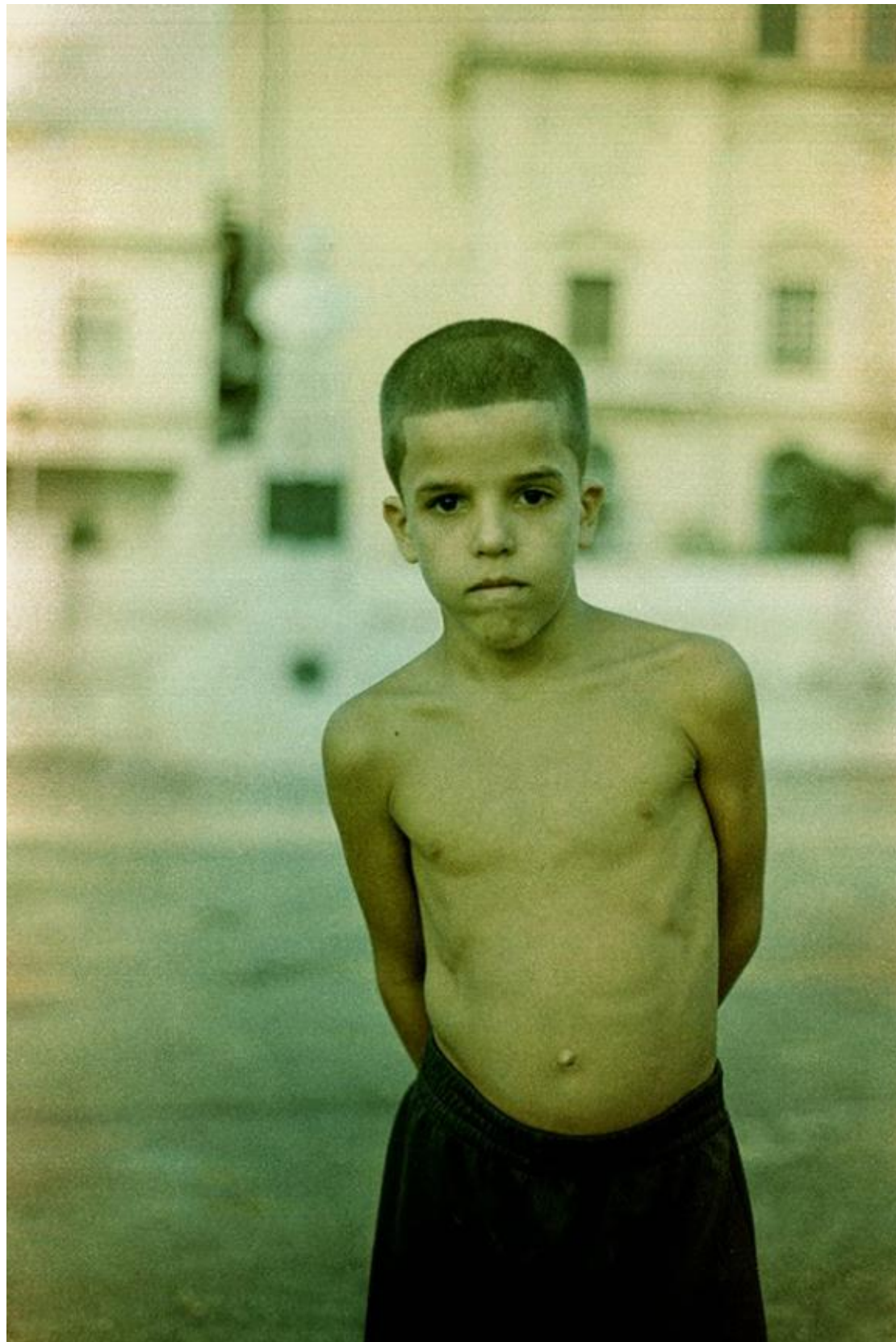
Libre de la prohibición partidista de no mantener relaciones de amistad con desafectos, Rafael confraternizó con Antonio. Entre ambos idearon una manera de hacer negocios, en la que los asuntos legales del negocio y su dirección correrían por parte de Rafael, y la mayor parte del asunto monetario correría por parte de Antonio.

Resulta que el padre de Antonio se jubiló en los EEUU y desde hacía algún tiempo venía a Cuba a ver a su hija todos los años. Prácticamente iba a EEUU a cobrar la pensión y regresaba nuevamente. Ahora es, junto con el sobrino de Antonio, el representante de su hijo en la paladar que abrieron juntos él y Rafael en un lugar de La Habana, del que no quieren

dar detalles.

Antonio y Rafael piensan que revelar sus verdaderos nombres y lo relacionado con el negocio puede afectarlos a los dos. Y llevan razón. No está bien visto que un refugiado político haga negocios con un ex jefe de vigilancia de un CDR. Tampoco lo está que el negocio de un cuentapropista en la isla esté financiado con dinero de un cubano del exilio.

Sin embargo, lo cierto es que la prosperidad económica de las familias parece ser un acicate más fuerte que la supuesta rivalidad ideológica. A Rafael y Antonio los separó la ideología, pero los juntó su negocio. ←



Venciendo al miedo

Mario Hechavarria Driggs

Mientras la televisión nacional muestra el caos en Ucrania o los fuertes enfrentamientos entre policías y manifestantes en Venezuela, parece que en La Habana, como reza el estribillo de una vieja canción de Carlos Varela, “la gente espera algo pero aquí no pasa nada, no pasa nada”.

El miedo está entronizado en la realidad nacional, reforzado continuamente por los medios de difusión, creadores de un mito paralizante: los órganos de la seguridad del estado son infalibles; no intentes el desafío contra la policía y los tribunales, porque estás perdido de antemano.

Sin embargo, nuestra nación arde lentamente, la temperatura sube y el calor del pueblo puede estallar en cualquier momento. El panorama está cambiando, aunque el miedo, como la costumbre, necesite tiempo para ser desterrado de la conciencia popular.

Sin embargo, suceden a diario numerosas manifestaciones de inconformidad. Basta con acercarse a la cola del pan, o de los periódicos...

La revuelta de los cuentapropistas en Holguín hace poco fue un buen ejemplo de la inevitable reacción popular ante las injusticias. El tumulto en la ciudad oriental involucró a cientos de trabajadores sin un líder que los guiara, pero con una fuerte convicción: reclamar sus derechos. Fueron reprimidos por la policía, pero con un saldo favorable si tenemos en cuenta que por vez primera la prensa estatal tuvo que, tímidamente, al menos reseñar los hechos.

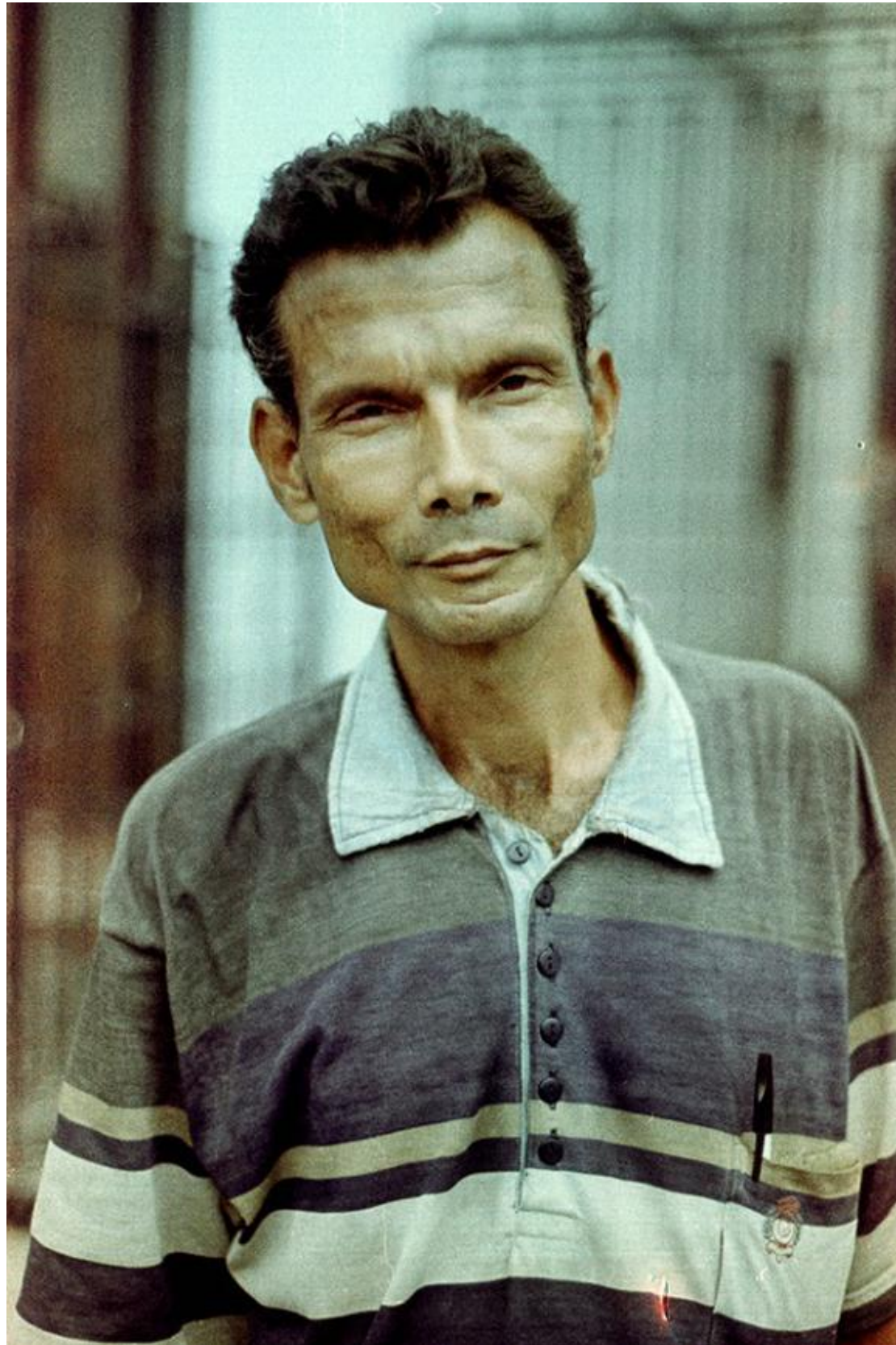
Por su parte las Damas de Blanco continúan desafiando a los represores,

reclamando el respeto a los Derechos Humanos, vigiladas por un ejército de uniformados y agentes encubiertos. El pueblo las mira desde los balcones, admirado de tanta determinación ante la violencia institucional.

La prensa independiente aprovecha cualquier resquicio, la menor oportunidad para denunciar la brutalidad policial, comentando la difícil realidad nacional, señalando a los responsables con nombres y apellidos.

La bloguera Yoani Sánchez entra y vuelve a salir, la detienen y no hay otro remedio que soltarla. Se está imponiendo la verdad, y cada vez son más los que se arriesgan. No hay dudas de que, lentamente, aferrándose a sus verdades, los opositores van ganando terreno.

No estamos luchando en vano, desde diferentes mentalidades, la oposición avanza, junto a su pueblo, indudablemente negado a seguir viviendo esta triste realidad, y venciendo al miedo, el principal enemigo de la libertad. ↩



La lucha pasiva

Tania Diaz Castro

La masa cubana nunca se caracterizó por salir a las calles para tratar de derrocar un gobierno indeseable. Lo puede probar nuestra historia, sobre todo la más reciente, cuando jamás llevó a cabo las huelgas generales ordenadas por Fidel Castro para el 5 de agosto de 1957 y el 9 de abril de 1958, con el fin de acelerar la caída del dictador Fulgencio Batista y poner fin así a la lucha terrorista urbana y la guerra de guerrillas.

En el Manifiesto de los 21 puntos, escrito por Fidel Castro en febrero de 1957, aparece el recurso de la huelga general. El futuro dictador decía confiar en la acción de las masas, a pesar de que sólo existía tradición de heroísmo en las minorías, antes y durante la República.

Yo era una adolescente cuando fui testigo de las primeras manifestaciones de repulsa a Batista, en abril de 1952, integradas por estudiantes de la Universidad de La Habana. Vivía con mis padres a tres cuadras de la colina universitaria y muchas veces contemplé a Luis Blanca Fernández, José A. Echeverría y Juan Nuiry, líderes de un grupo que no pasaba de 20 o 30 jóvenes.

De pie, en las aceras de la Avenida de San Lázaro, por donde desfilaban, vecinos y transeúntes los observaban en silencio, mientras la policía se mantenía a la expectativa.

De esa forma, seguí viendo muy de cerca aquellos primeros brotes de oposición estudiantil, hasta que comenzó a aumentar su nivel de agresividad, lanzando piedras contra los miembros del orden, que con fuertes surtidores de agua, éstos trataban de disolver las protestas y más tarde, armados los estudiantes, se enfrentaban.

El 15 de enero de 1953, cayó muerto Rubén Batista Rubio, el primer estudiante mártir, fueron arrestados 175 universitarios y por último, ante el clima de violencia imperante, la Universidad decidió cerrar sus aulas.

Pero, ¿qué hacía la población cubana, compuesta entonces por seis millones de habitantes? Absolutamente nada. Los trabajadores acudían a sus labores, los padres enviaban a sus hijos a las escuelas y la juventud no dejaba de divertirse en los centros recreativos.

Ya en 1956, dos de las organizaciones más radicales convertían aquella oposición de pequeños grupos en un fuerte movimiento de acciones terroristas, que jamás la masa secundó. Se sabía incluso que numerosos revolucionarios morían a consecuencia de sus propias bombas, como son Urselia Díaz Báez, Enrique Hart Dávalos, Carlos García Gil y muchos otros.

Esta puede ser la razón por lo que la masa no obedeció a Fidel Castro, cuando éste trató de poner fin a la dictadura a través de una huelga general de la masa. El pueblo lo veía como el jefe de una guerra violenta, tanto en el llano, como en zonas urbanas.

Pero, ¿qué le ocurre hoy a la masa cubana, en presencia de la dictadura más larga de Cuba? ¿Por qué no hace lo mismo que los venezolanos o los sirios?

Para esta pregunta hay una sola respuesta: La masa cubana actúa en consecuencia con la forma de lucha pacífica que la oposición mantiene desde hace 27 años.

Esa masa, que depende salarialmente del amo-estado, que ha sufrido las

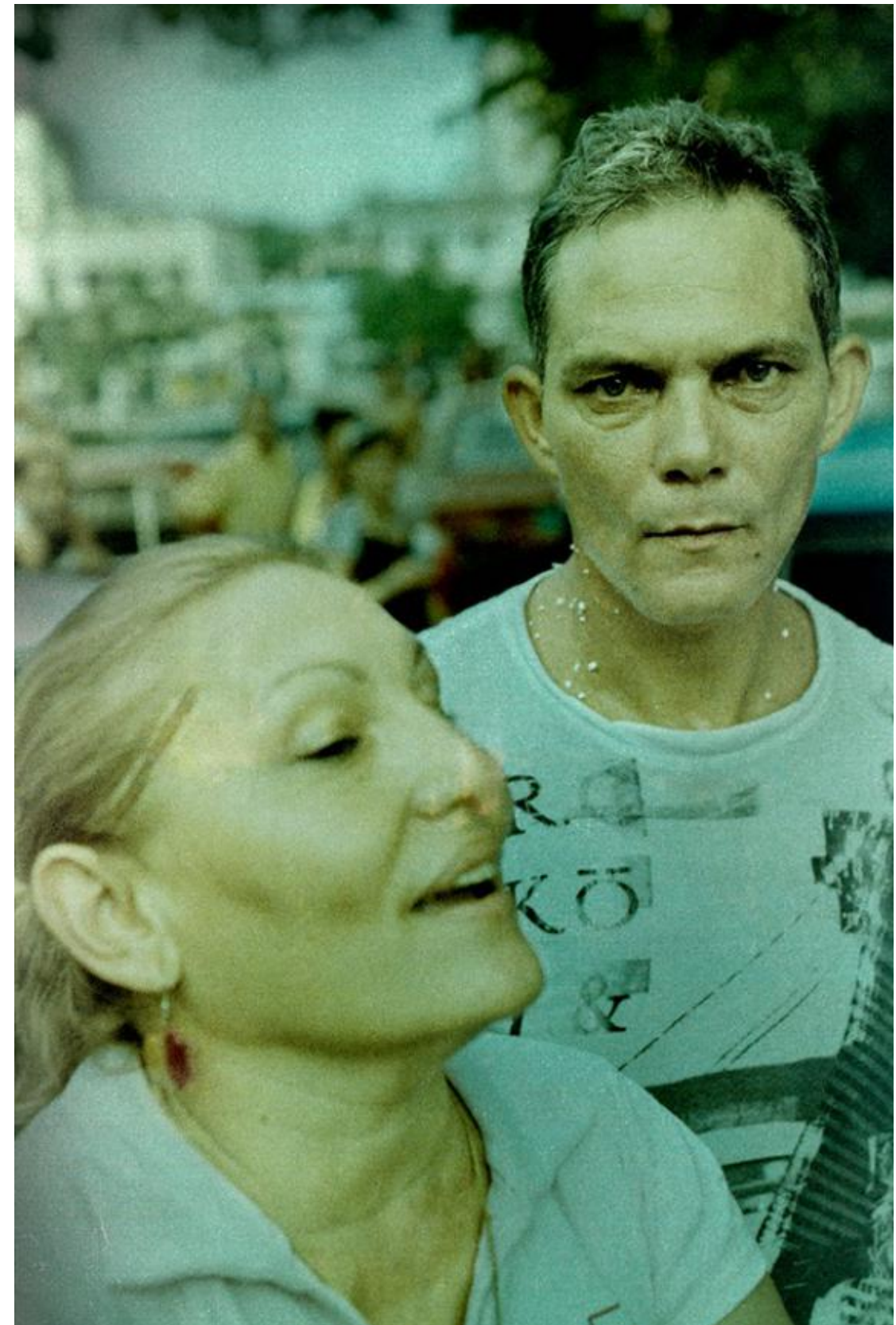
represalias del gobierno ante todo aquel que disiente de la política oficial, es hoy una masa noble e inteligente, que ha optado, de forma espontánea, por una lucha silenciosa, tenaz y perseverante contra el régimen. ¿Acaso esa masa pone en práctica una estrategia de la oposición? No. El gobierno sabe perfectamente que se trata de una reacción popular espontánea, en franco desacuerdo con el régimen.

El nuevo presidente Raúl Castro lo dejó claro en julio de 2011: "El mayor obstáculo que enfrentan las Reformas aprobadas es la barrera psicológica formada por la inercia, el inmovilismo, la doble moral, la indiferencia".

Luego acusó a la masa de esta manera: "A lo largo de los últimos 20 años, se ha acrecentado el deterioro de los valores morales y cívicos de la población, como la honestidad, la decencia, la vergüenza, el decoro, la honradez y la sensibilidad ante los problemas de los demás".

Se refería a la masa que no producía, a los que desatienden el ornato público, a los que copian modas norteamericanas, a los que roban el pan para sus hijos, a los que ya no les interesa ser obreros de vanguardia, a los que hablan mal del gobierno por los pasillos, a los que venden por las calles, a los que dicen palabras obscenas porque se les acabó el miserable salario y tienen hambre, a los que evaden las reuniones políticas, etc.

Estamos pues ante un estilo de lucha masiva contra el castrismo, que la dictadura no ha podido controlar y que ha ido en aumento en los últimos ocho años de raulismo. En la medida en que el nuevo mandatario hable mal de esa masa, es probable que esa masa vaya por buen camino. 🚫



La soledad del disidente

Lia Villares

Los cubanos hemos vivido en una especie de sumersión colectiva en algo que no es más que una mentira -que algunos llaman "leyenda"- disfrazada de revolución social. Esta mentira se ha convertido en el modo o estilo de vida de casi todos, sin importar clases sociales, incluso sin importar dónde estemos, si dentro o fuera del espacio psico-físico llamado nación cubana.

Para muchos de hecho la nación cubana se ha convertido más bien en un estado mental, en otro eufemismo elaborado para ocultar la estática realidad.

La prolongación desmedida de esta mentira ha hecho mella en la personalidad y en la identidad de los individuos nacidos bajo esa mal llamada -tan insistentemente- revolución. Esa necesidad de reafirmación es a mis ojos la mejor prueba de lo que no es más que pura apariencia.

Las formas verbales -siempre en primera persona del plural- "construyendo" y "avanzando", junto a toda una pasarela de slogans y consignas políticas, más que nada absurdas, no empezaron siendo esas frases huecas y gastadas en los primeros momentos de este experimento masivo. ¿Hubo en verdad una especie de contagio general del entusiasmo renovador y "revolucionario"? Mis padres pensaron que sí. Los que, como yo, no hemos vivido otra cosa que ecos fantasmales, dudamos de ello profundamente.

La desesperanza denunciada tantas veces por la iglesia (vista como carencia espiritual sumada a la carencia económica y viceversa), puede apreciarse en la dificultad para crear si hay incapacidad de actuar con

libertad interior. La miseria moral sobrepasa la escasez material. Es usual ver en los jóvenes y no tan jóvenes un profundo deseo de abandonar la isla sin tener siquiera un claro proyecto de vida.

La juventud cubana se caracteriza hoy por marcadas personalidades que nada tienen que ver con aquel arrebatado del 59, colectivo y delirante. Encontramos al pesimista, al agnóstico, al indiferente y al "etéreo". Y una última especie, más escasa aún, pero más -peligrosamente- cercana a la generación loca: el activista. Esa persona que trata de despertar conciencias en los otros.

Los otros pueden estar dentro de un túnel sin fuga posible o en lo que pudiera llamarse automatismos tremens. Los otros -siempre agrupados en "organizaciones de masa" o simples turbas paramilitares- se aprestan sin pensarlo dos veces a participar en actos de repudio, esto es, insultar, agredir (física y verbalmente) al diferente: al que manifiesta su inconformidad o simplemente intenta reclamar algún derecho cívico elemental. El activista es también conocido como opositor interno. Y hay que admitir que, debido al malestar social cada vez más extendido, los "descontentos" surgen y se multiplican por todas partes, manifestándose cada vez más en la expresión popular pública. Aquí tanto víctima como victimario pueden experimentar en carne propia la discriminación y el terror de un estado totalitario. El victimario funciona como herramienta y, no hay que engañarse, es presa del mismo horror.

Generación tras generación, un mecanismo siempre activa al otro, y los dos se complementan. La disidencia en Cuba a lo largo de los años no ha sabido cómo salir de esta maquinaria diabólica. La oposición interna se autocalifica como pacífica; pero por más que se estudien los procesos de transición en Europa del este -sobre todo la relevancia del movimiento

Solidarno en el caso específico polaco- y la llamada lucha no violenta, los cubanos permanecemos atrapados en la trampa comunista.

Esta trampa trabaja reciclando odio y hostilidad y busca la agresión intergrupal para mantener una voluntad de incompreensión en toda relación -humana, social, internacional- valiosa, que atente contra el poder absoluto de la dictadura, en un país frustrado en lo esencial político.

Las diferencias personales, el roce de egos y el conflicto de intereses favorecen la división, dispersión y fracturación de la oposición, pese a que se comparte una misma y única causa. Por otro lado esta fragmentación es un indicador indiscutible del principio democrático de la diversidad, primer paso para el entendimiento y la aceptación mutuos, en un futuro proceso de reconciliación. Un camino que únicamente esta oposición ha intentado recorrer, en aparente soledad.

La principal intención del repudio al disidente por parte del dictador es la de mostrar un ser alienado en un callejón sin salida al espectador pasivo, pues básicamente se trata de una completa puesta en escena: una fábula teatralizada con su correspondiente moraleja final. Este ser discriminado al mismo tiempo debe permanecer en una misma comunidad social, que es la que determina muchas veces la calidad de vida de la persona sometida al asedio y al escarnio público. Finalmente nadie querría estar en la piel del rotulado "disidente", que es al mismo tiempo anulado e invisibilizado.

Pero siempre está la mirada curiosa del que es inquieto por naturaleza, del que se cuestiona, por lo menos, algunos contrastes de esa realidad matizada a la cañona¹. Un síntoma claro de la visibilidad alcanzada por la

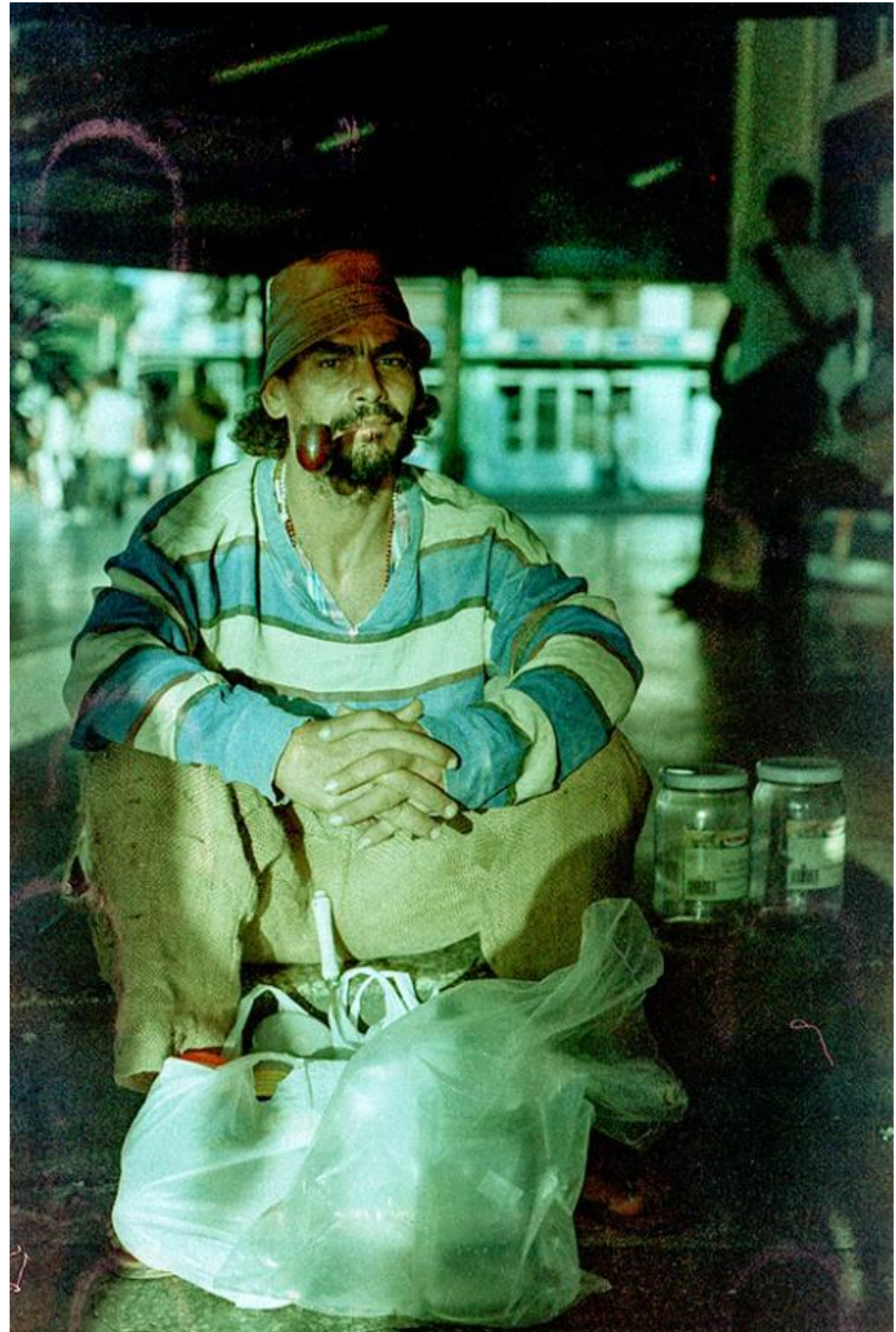
disidencia interna en los últimos tiempos -principalmente a raíz de las posibilidades comunicacionales de internet- son los ciudadanos anónimos que se solidarizan, aunque prefieran actuar a la sombra, pero actuar al fin, como activistas imprescindibles. Casi siempre son amigos lejanos, exiliados avivados, o desconocidos motivados por ese deseo compartido de libertad, que ven en los disidentes "al descubierto" un atisbo de esperanza.

Son igualmente sobrados y habituales los ejemplos de manifestación espontánea y colectiva en un teatro, un cine, dondequiera que se aluda al "asunto cubano" implícitamente político, y donde el público actúa como grupo compacto, protegido en el feliz anonimato que ofrece la oscuridad de las salas. Algunos llegan a acercarse, sigilosos, al disidente para felicitarlo por su actitud en tal o más cual video clandestino que circula de mano en mano.

La antigua "soledad" del disidente en contraposición al interés cada vez mayor de la comunidad internacional está abriendo poco a poco ese círculo vicioso al que ha sido empujado y estigmatizado. Curiosamente, quienes insisten en bloquear perversamente el callejón en sus extremos, refuerzan sin querer la necesidad impostergable de escapar de él². ↩

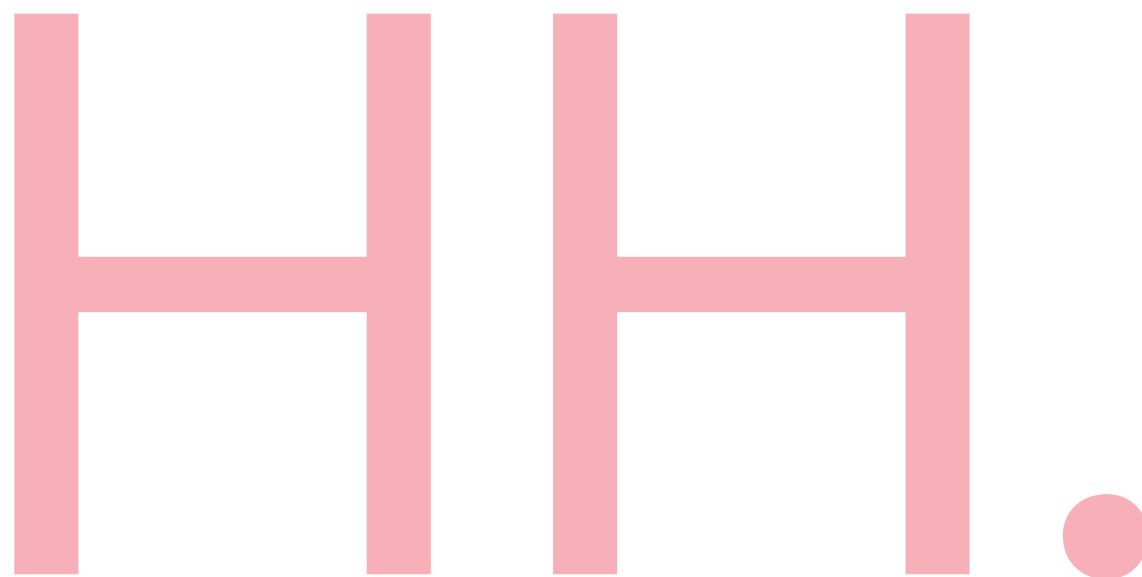
¹Expresión popular cubana: impuesto, a la fuerza

²Ver [Enrique del Risco](#), Elogio de la Levedad, ed. Colibrí, p.116.



#los12

Derechos Humanos



En los últimos meses hemos tenido la oportunidad de compartir viajes, historias y experiencias con algunos cubanos que han sido invitados a otros países. Diversas organizaciones y muchos amigos y familias han aprovechado la entrada en vigor de la reforma de la ley de migraciones en enero de 2013 para reunirse fuera de la isla con cubanos –activistas o no–.

Sin embargo, hay 12 cubanos que, junto a otros muchos (en total 75) fueron injustamente encarcelados en el año 2003, durante la llamada „Primavera Negra“ y que decidieron quedarse en Cuba una vez fueron liberados, a pesar de la presión que se ha ejercido y se ejerce sobre ellos para que se exilien. Estos 12 cubanos, a pesar de haber sido invitados a viajar fuera de Cuba, no han obtenido el permiso en un país donde no todos los ciudadanos son iguales ante la ley.

La licencia extrapenal les fue otorgada a estos doce ex- prisioneros políticos cuando tras arduas negociaciones entre el Gobierno Cubano, el Gobierno Español y la Iglesia se logró la liberación (con un billete para salir de Cuba sólo de ida) de varios de los 75 detenidos. Varios de los opositores que permanecían en prisión cumpliendo penas abusivas se negaron a dejar el país (rechazando así la que parecía ser su única oportunidad de ser liberados antes de cumplir la totalidad de sus penas). Ante la presión internacional el Gobierno Cubano accedió a liberar a aquellos que se negaban a irse, pero tramitó su libertad bajo la figura de una licencia extrapenal.

La licencia extrapenal se otorga normalmente por razones médicas o humanitarias, aunque en el caso de los 12 fue simplemente una excusa para no liberar sin condiciones o amnistiar a los inocentes que habían

pasado años en prisión. Esta licencia limita los derechos de los 12 opositores al régimen que viven en Cuba. Les impide viajar fuera del país y podría ser revocada, recordándoles siempre que no son totalmente libres, que dependen de la arbitrariedad del gobierno y en cualquier momento podrían volver a prisión.

Desde People in Need queremos reiterar la necesidad de que esas licencias extrapenales sean revocadas o que se conceda la amnistía a los 12 (y a todos los ex-presos del grupo de los 75, que no pueden volver a Cuba). ↩



En las fotos, Jorge Olivera y Martha Beatriz Roque Cabello, del grupo de los 12, activistas y periodistas independientes, colaboradores fijos de nuestro boletín.

DIÁLOGOS CUBA-EUROPA

Todas las versiones del boletín en español e inglés en línea.

DERECHOS HUMANOS

Actualización de la situación de los derechos humanos. Recursos online.

CUBALOG

Crónicas en español e inglés de la isla. Servicio para canales informativos y periodistas extranjeros.

DIÁLOGOS CUBA-EUROPA

Boletín semestral sobre las relaciones entre Cubanos y Europeos/ Volumen 9, Número 1

Publicado por People in Need, Praga, República Checa, con el apoyo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Checa. Para obtener este boletín en inglés, por favor visite www.cubalog.eu.

Diseño: Punto Diseño Gráfico

Fotografías bajo licencia Creative Commons: CC Claudio Fuentes - Cubaraw

TRANSITION
Transition Promotion Program

rewriting cuba
CUBALOG.EU



rewriting cuba
CUBALOG.EU

diálogos cuba-europa www.cubalog.eu